MARÍA LUISA MATAMALA VÍRSEDA, F. I.



Juanitatxo
NOS CUENTA SU VIDA

MARÍA LUISA MATAMALA VÍRSEDA, F.I.

ILUSTRACIONES

JOSÉ CARLOS CASADO

JUANITATXO

NOS CUENTA SU VIDA

SALAMANCA

1998

A los jóvenes, en los que siempre
Creyó la Madre Cándida.

A mis sobrinos, que son jóvenes

PRÓLOGO CON DEDICATORIA…

Aunque admiré y quise mucho a la santa castellana, Teresa de Ávila, la verdad es que no fui escritora como ella; sí amante de las letras, que bien lo demostré en mi no corta vida. Abriendo muchos centros donde la juventud se instruyese y educase. Pero esto lo contaré después . A pesar de que tuve que usar mucho la pluma, como luego veréis, nunca mis escritos gozaron de fama literaria. Aprendí a expresarme en castellano a mis dieciocho años cumplidos. Hasta aquel momento siempre había hablado en euskera , mi lengua materna y familiar. Por eso no os extrañéis si mi sintaxis es, a veces, imperfecta o si mi estilo carece de destreza y elegancia. Emplearé, eso sí, la lengua directa del corazón.

Siempre fuisteis los jóvenes mi debilidad, la razón de mis quehaceres y trabajos mientras peregriné por esta tierra. Nada tiene, pues, de particular que os dedique este libro. Para vosotros escribo este relato. Para vosotros voy a contar la historia de mi vida esperando se crucen, desde la orilla de vuestro tiempo al mío, cables de empatía y de amistad.

VASCA POR LOS CUATRO COSTADOS

Nací un 31 de Mayo, allá en el año, allá en el año 1845, en una casa de grandes muros. Había en ella hasta saeteras y almenas. Dicho así, casi estaréis pensando que era una familia de alta alcurnia la mía, descendiente de aquellos caballeros que servía a los reyes. Pues no; el antiguo caserío de Berrospe - éste fue siempre su nombre- situado en la villa guipuzcoana de Andoain, había sido antaño una fortificación militar; pero ahora una sencilla y apacible vivienda en la que residían mis padres desde su matrimonio.

Mi aitatxo, Juan Miguel Cipitria y Aramburu y mi amatxo, María Jesús Barriola y Querejeta, - mis cuatro apellidos son genuinamente vascos – eran unos sencillos tejedores que ganaban el pan para sus hijos y para ellos con mucho esfuerzo y mucho sudor.

Fui el primer retoño del amor de mis padres. ¡Qué voy a decir del regocijo y la fiesta que se preparó con mi nacimiento! Todo eso me lo contó muchas veces la amona, así llamamos a la abuela en euskera. El mismo día en que nací me llevaron a bautizar a la parroquia de San Martín y me pusieron los nombres de Juana-Josefa, aunque para los amigos fui siempre Juanitaxto que en los labios de mi madre, cuando

lo pronunciaba, sonaba armonioso y dulce como las aguas cantarinas del río Leizarán que riega mi valle.

Apenas supe caminar, ya mis ojos se fijaban en el Buruntza y el Belcoain, los montes verdes y frescos que circundan mi pueblo. Siempre fui amiga de cumbres, de ahí que la imagen de las montañas de mi tierra, unida a la mancha verde de Euskadi, permaneciese siempre en mi retina.

Según iba creciendo, me familiarizaba con los enseres del telar y con el duro trabajo del aita. Los tiempos no daban para mucho, y aunque mi padre se afanaba y se afanaba, y quitaba horas al sueño para ganar un real más –entonces una peseta era mucho -, mi familia no salía de pobre. Por eso desde niña conocí la austeridad y las estrecheces económicas.

Pero no penséis por esto que fui una niña triste. ¡Qué va! El cariño de mis aitas me hacía inmensamente feliz. Ya de mayor me costó muy poco entender que Dios es nuestro Padre y nos quiere mucho, pues esta experiencia la había tenido muy fuerte desde mi infancia.

Si había algo que me ponía triste: el ver pasar a los mendigos, andrajosos y hambrientos, de caserío en caserío. Veréis lo que me ocurrió un día cuando apenas tenía cuatro años. Era sábado. La abuela me había enseñado a obsequiar a la Virgen de una manera especial en ese día. Claro que el amor a Nuestra Señora lo había mamado yo de mi amatxo. Por eso, cuando, por la mañana, la amona me ofreció para desayunar una tortilla, que por el olor resultaba de lo más apetitosa me acordé en seguida de la Virgen. Salí a la puerta dispuesta a ofrecérsela al primer mendigo que pasara; pero… ¡estaba tan doradita! Y, por otra parte, el pobre tardaba tanto en venir ese día…Total, que con los dedos iba cortando trocitos pequeños como una uña y me los iba comiendo. Menos mal que el mendigo asomó por fin por la vereda del monte y pude darle una buena parte de la tortilla ratonada.

CAMINO DE TOLOSA

Al aumentar nuestra familia con el nacimiento de mis hermanas Josefa- Ignacia y Josefa- Jerónima y prosperar poco el trabajo artesano de mi padre en el taller, mis aitas decidieron emigrar a Tolosa. Tenía siete años cuando toda mi familia, y yo con ella, hacía su entrada, si no triunfal, sí esperanzadora, sobre una carreta de bueyes en la entonces capital de Guipúzcoa. Sentí nostalgia de mi pueblo, pero me tragué las lágrimas. No quería aumentar el sufrimiento de los aitas que, con la casa a cuestas, llegaban a Tolosa para busca el pan de sus hijas.

En poco tiempo montaron mis padres el taller de trabajo. Se volvió a sentir el ruido monótono del ir y venir de la lanzadera en el telar, y mi aita comenzó de nuevo a tejer el lino pensando en tiempos mejores. Mi madre, unas veces manejaba el huso, devanando las madejas de las que después haría mi padre rústicas telas de lienzo,

otras, la tenía ocupada las propias faenas del hogar, y hasta sacaba tiempo para prestar su trabajo como asistenta en una casa conocida. Todo era poco para alimentar tantas bocas.

En Tolosa siguió aumentando nuestra familia; primero nació Francisca-Sotera, después María Francisca-Victoriana , la quinta hija, que murió siendo niña de pocos meses. A llenar este hueco vino María Dominica y tres años después nacería la última de las siete. Ángela- Joaquina, mi hermana pequeña y la más unida a mí como tendré ocasión de mostraros.

Como mi madre trabajaba dentro y fuera de casa, el cuidado de las niñas recaía muchas veces sobre mí. Ya entenderéis que, ante situación familiar, mi asistencia a la escuela fuera escasa. Sin embargo, si seguís leyendo, ya veréis la importancia que la formación intelectual iba a tener en mi persona y en mi obra.

Dedicaba a mis hermanas muchas horas del día. Yo era su iñude, la niñera que diríais en castellano. Mientras las arrullaba con los dulces cantos de nuestra tierra, mi imaginación se echaba a volar por horizontes dilatados en busca de no sé qué caminos y sendas. Siempre fui un poco soñadora. Cuando en los días despejados, a, atardecer, el sol volvía rojas las cumbres de los montes y la naturaleza permanecía inmóvil y enmudecida, me sentía llevar más allá de los altos riscos en busca de caminos nuevos para mis sueños. Cuántas veces el chirrido de la lanzadera en el telar me sacaba del embeleso y me hacía volver a la realidad.

Pero, en el fondo del alma, una intuición me hacía comprender que esos sueños eran algo más que una ilusión de niña.

YO CRECÍA POR DENTRO Y POR FUERA

Mientras tanto crecía. Me iba abriendo a la vida como la copa de los pinos adolescentes en primavera. Por fuera era manifiesto que ocurría así, pues mi ropa pasaba a Josefa- Ignacia que me seguía en edad. ¡Huy! Ahora que os hablo de vestidos, recuerdo algo que hice por entonces y que disgustó a mis padres. La ama nos había hecho a las dos mayores unas bonitas batas de percal para el bautizo de María Dominica. Debíamos de estar muy guapas con ellas, dentro de nuestra sencillez, pues hasta el aita nos miraba embobado. Y estrenar algo era un acontecimiento en nuestra casa. Al día siguiente de lucir mi vestido nuevo, me encontré en la calle a una niña de mi edad que siempre llevaba ropas viejas ya que su familia era muy pobre. Me pareció entonces tan injusta esta situación que, en un momento de arranque, fui a casa, tomé el vestido y se lo di. “Es para ti”, le dije. Primero no lo creyó, pensó que bromeaba. Luego se apoderó de él y echó a correr antes de que yo me arrepintiera. Regresé a casa contenta y feliz. La ama no se alegró tanto. Menos mal que mi padre, aunque no aprobada el hecho, me echó un capote y todo quedó en regañina. Luego a mí me

remordía la conciencia por haberlo hecho sin permiso. Como os dije antes, tema de los pobres y de las injusticias me obsesionaba bastante.

También crecía por dentro. Está mal que lo diga, pero era así y bien sabía que no eran méritos propios. Una fuerza misteriosa había dentro de mí que era más fuerte que yo. Unas veces con la ama, otras sola, entraba en la Iglesia de Santa María, nuestra parroquia de Tolosa, y me quedaba en silencio mirando hacia el sagrario. No me preguntéis qué rezaba, pues no os sabría contestar.

Como cosa curiosa, recuerdo que no solía abandonar la iglesia sin pararme un momento ante el altar de San Ignacio de Loyola. Allí estaba el santo con un libro grande en la mano. Me ponía delante, le miraba fijamente y le decía muy seria: **"Santo mío, quiero hacer lo que dice ese libro".** Él debía sonreír ante mi ingenuidad y sencillez. Estaba yo muy lejos de sospechar que ese deseo iba a ser realidad y que bebería en su espiritualidad los fundamentos de mi obra. Pero no adelantemos acontecimientos. Cada cosa a su tiempo.

A los diez años hice mi primera comunión. Por ganas la hubiera mucho antes, pero entonces las cosas eran así y no me lo permitieron. Ya os decía que el amor a la Virgen creció en mí desde pequeñita. Algo así sucedió con mi amistad con Jesús. No sé cómo, pero Él iba adueñándose de mi corazón y comprendía yo que en mi vida El iba a ser lo más importante.

Por aquellos años- Aún no había cumplido los doce – ocurrió algo que rompió el ritmo de nuestra casa. Mi hermana Josefa- Ignacia, la que me seguía con una diferencia de poco más de doce meses, con quien había compartido tantos trozos de mi vida y de mi intimidad, murió después de una breve enfermedad. Aquello no entraba en mis cálculos, ni cabía en mi mente. Era como si un terremoto hubiese sacudido mi reducido universo. Cierto que ya había muerto hacía algún tiempo la pequeña Francisca-Victoriana, pero su vida fue como una luz fugaz que se encendió y se apagó en un instante. Esta situación era bien distinta. Josefa –Ignacia tenía más de diez años. Fui testigo del dolor de los aitas, de las lágrimas que vertieron. Era apenas una adolescente, pero llegué a intuir el misterio de la muerte. Fue la primera vez que me asomé al pozo sin fondo del dolor. El desgarrón ¡qué os voy a decir! Fue terrible. Ya el Señor me iba mostrando que seguirle a Él sin cruz era imposible. Pero, claro, esto no lo entendía yo entonces.

YO YA ESTABA ENAMORADA

Los años se sucedían casi tan de prisa como el ir y venir de la lanzadera en el telar. Mis padre contemplaban con orgullo y esperanza mis dieciocho años cumplidos. La vida seguía siendo igual de monótona y sencilla. En casa ayudaba a los aitas y cuidaba de mis hermanas. Con las amigas subía al monte y bailaba el aurresku en la

plaza. Era comunicativa y abierta de carácter, pero había rincones de mi intimidad que difícilmente desvelaba. En la vertiente de mi alma, sólo Dios era testigo de mis proyectos y deseos. Esto hacía que, no pocas veces, me sintiera sola, incluso sabiéndome querida y acompañada.

Notaba que un muchacho mayor que yo no me quitaba los ojos de encima. Sería casualidad, pero me lo encontraba por todas partes. Cuando iba sola y alcanzaba a verlo por las calles de Tolosa, apretaba el paso, pues me molestaba la insistencia de su mirada. A la salida de misa, los domingos, allí estaba, con su traje nuevo, observándome mientras pasaba yo con todas las muchachas. No eran imaginaciones mías. Las amigas, por si me quedaba alguna duda, me repetían entre burlonas y cariñosas: "Hazle caso, Juanitatxo, que viene en serio. ". Su familia era honrada, de una clase social superior a la mía. Había hecho dinero en América y vivía desahogadamente. Por otra parte, era buen cristiano; al menos, eso parecía. Lo que se dice un "buen partido".

La verdad es que mi pretendiente llegaba tarde. Para entonces tenía mi corazón dueño. No sabía de qué manera, pero ya por aquellos años había tomado una decisión: "**Yo sólo para Dios".**

El cómo, cuándo, dónde… esas preguntas no me las había formulado todavía. Dios me iría mostrando su voluntad. Conocí a algunas monjas de Tolosa, mas , a pesar de la admiración que sentía por ellas, no me atraían especialmente. Pero que yo deseaba entregar mi vida a Dios y a mis hermanos los hombres, era evidente para mí. Lo veía con claridad absoluta.

Mi pretendiente no perdió el tiempo. Se las arregló para presentarse en casa y pedir con todo respeto y deferencia mi mano a mis padres. Para ellos fue una noticia fabulosa. Primero por lo que suponía emparentar con una familia tan buena de Tolosa. No olvidéis, además, que era yo la mayor de cinco chicas y que no había ningún varón en la familia. En aquella época este detalle importaba mucho. Y mi boda bien podía ser el primero de otros enlaces familiares ventajosos. Pero, sobre todo, porque era una forma de salir de esa situación de pobreza que nos encontrábamos. Vamos, que por una vez, la suerte había llamado a nuestra puerta, y mis padres no estaban dispuestos a darle un portazo.

Aquella noche la ama se las arregló para que mis hermanas se acostaran temprano y, ya los tres solos en la cocina, el aita un poco nervioso, pero animado por lo que él creía para mí un halagüeño porvenir, me hizo la propuesta de matrimonio. ¡Qué os voy a decir de mi turbación! Sólo podía responder que mi opción estaba tomada, que tenía entregado mi corazón…

Hubo ruegos e insistencias. Comprendía yo muy bien que frustraba sus esperanzas. ¡Y qué dolor experimenté en mi interior al tener que hacer sufrir a los

seres que más quería! Nunca he olvidado este momento. Era la primera vez que la voluntad de Dios entraba en conflicto con la de las criaturas en mi vida.

A pesar de la paz que había en mi alma, mi corazón estaba roto. Aquella noche, en la cama, recuerdo que lloré.

AL OTRO LADO, CASTILLA

Fueron aquellos días en mi casa de tensiones y sufrimientos. Desde hacía algunos años tenía yo a don Martín Barriola, sacerdote de mi parroquia, como acompañante de mi vida espiritual y a él le abrí una vez más mi corazón. Bajo su consejo tomé una determinación que llevó mi existencia por derroteros bien distintos de los recorridos hasta entonces.

En vista de que mis padres no se resignaban a que no hubiera boda me pareció conveniente alejarme de Tolosa algún tiempo. Unos amigos de casa, que solían viajar mucho a Burgos, me buscaron un trabajo como sirvienta en aquella ciudad. Era ésta, también, una manera de ayudar a mi familia que bien lo necesitaba.

No fue fácil convencer a mis padres y conseguir su permiso. Pero debieron de pensar que sería lo mejor para mí y, al fin, señalamos la fecha de mi partida. Todavía hoy, cuando recuerdo aquel momento en el que dejé a los míos, se me estremece el alma. Dice Santa Teresa en el *Libro de la vida* que el día que abandonó la casa de su padre, allá en Ávila, para marchar al convento, sintió como si se le descoyuntasen todos sus huesos. Algo parecido experimenté en aquel amanecer en que, como una emigrante más, abandoné mi familia y mi tierra vasca.

La naturaleza no parecía más alegre en esta despedida. Un fino sirimiri caía sobre los montes y los valles, y empapaban mi alma de melancolía. Poco a poco, mi corazón joven se iba abriendo a la esperanza. Si Dios me pedía aquello, tenía que dárselo con coraje y alegría. Además, mi carácter no se avenía con la tristeza. De natural optimista, siempre sabía descubrir el lado positivo de los aconteceres de la vida.

En esos sentimientos contrarios se sumergía mi alma cuando el coche en que viajábamos llegó a Pancorvo, ese desfiladero abrupto entre Álava y Burgos que impresiona a todo el que atraviesa por primera vez sus altas rocas.

Al otro lado ya estaba Castilla. Según me iba adentrando en los caminos de la meseta, impresionaban a mis ojos el intenso azul de su cielo y la horizontalidad sin accidentes de su superficie. Intuía que sus gentes deberían ser de grandes corazones como lo eran sus inmensas llanuras.

Y, al poco tiempo, legamos a Burgos. Era la primera vez que pisaba una ciudad castellana. Mucho admiré sus regios edificios, las torres y las espadañas de sus iglesias.

Pero sobre todo, me impresionó la catedral, sus agujas altas y enhiestas. Desde mi ignorancia intuía que era como un poema escrito con rimas de piedra.

Iba a trabajar en el hogar de los señores de Montoya. Pocos meses, sin embargo, estuve con ellos, y no porque fuera mala gente ni me quejara del trabajo de la casa, que por cierto era bastante, ni del trato que allí se me daba. Surgió un punto de conflicto. A los señores les parecía excesivo el ratito que yo les pedía por la mañana para ir a misa, aunque fuera a costa de madrugar y no entorpecer así las faenas domésticas. En esto no cedí. Era en la Eucaristía diaria donde se alimentaba mi amistad con Jesús. Media hora al día no me parecía mucho pedir y busqué otra casa. Dios, que me amaba, guió invisiblemente mis pasos a una familia que lo fue de verdad para mí.

EN BURGOS ENCONTRÉ OTRO HOGAR

Pues sí, eso fueron para mí los señores de Sabater Becerra, una verdadera familia. Don José, el padre, era un hombre recto y justo; su esposa, doña Hermitas, una mujer religiosa, amiga de hacer el bien; y sus siete hijos, una delicia de muchachos. Llegué a quererlos a todos mucho.

Apenas entré en la casa, la señora me pidió que la acompañara por las mañanas a misa. Fijaos con qué gozo le diría que sí. A una hora bien temprana, cuando estaban casi del todo vacías las calles de la ciudad, íbamos las dos camino de la iglesia. Esta sintonía en lo religioso creo entre nosotras, ya desde el comienzo, una verdadera amistad.

Aunque su posición acomodada les permitía tener abundante servicio, el trabajo no escaseaba en la casa. Entre mis obligaciones estaba el acompañar a doña Hermitas y a su hija mayor, Estrella, siempre que me lo solicitasen. Esto no requería mucho esfuerzo. Más dificultad presentaba la responsabilidad, que recaía sobre mí y de la limpieza y puesta a punto de la ropa de todo tipo que se usaba en la casa. Recuerdo las horas que pasaba almidonando y planchando las camisas blancas y los cuellos de encaje que don José usaba en su trabajo de magistrado.

Ya entonces había descubierto la manera de unirme a Dios en el trabajo. Y también de ejercitar la paciencia, que falta me hacía para no enfadarme más de lo justo con aquellos chiquillos tan traviesos, a los que, por otra parte, adoraba. Os contaré una anécdota como ejemplo. Un día había estado, como de costumbre, largo rato planchando cuellos y puños almidonados, además de un cesto grande de ropa blanca. Como no estaban las piezas muy oreadas. Las dejé extendidas en una terraza de la casa para que terminasen de secarse al sol. En esto oigo risas y alboroto. Acudo y ¡lo que vi!. Los revoltosos muchachos después de haber paseado el gato por las cenizas del brasero, lo soltaron delante de mí, sobre la ropa recién planchada. ¡Qué espectáculo! Os ahorro los detalles. No sé cómo, pero no perdí la paz. Rehíce el trabajo a costa de horas d sueño y reprendí a los chiquillos pero sin cólera. Si intentaron

enfadarme y sacarme de mis casillas, no lo consiguieron. Había aprendido entonces, a ser firme con ellos pero con dulzura y mansedumbre. Esto enseñaría después a mis hijas en su labor educativa.

Los señores socorrían, con regularidad a varias familias necesitadas. Eran éstos, años de pobreza y miseria y los mendigos pululaban por doquier. Todos los días venían unos cuantos a la casa a buscar comida caliente. Doña Hermitas me encomendó esta tarea a mí. Pronto aumentaron tanto los pobres que ya no bastaba la parte reservada para este fin. ¿Qué hacer? Designé una buena parte de mi sueldo a procurarles alimento y, así, todos los días, ponía yo al fuego una gran olla para ellos. En un principio nadie se opuso. Pero pronto los mendigos se multiplicaron y entraban en el portal de la vivienda andrajosos, sucios, desgreñados. Por otra parte, en aquel edificio vivía gente importante, como, por ejemplo, el gobernador militar de la ciudad. Total, que los vecinos se quejaron a doña Hermitas de tener que aguantar todos los días en las escaleras convivencia semejante. Por si aquello fuera poco, la cocinera también protestaba por el espacio que ocupaba mi puchero en el fuego. Ante tal cúmulo de quejas, la señora me sugirió que despachara a los pobres. Eso sí que no. Por ahí no estaba dispuesta a pasar. Ella, acostumbrada a mi pronta obediencia, quedó un tanto desconcertada ante mi actitud de firmeza. **"Donde no hay sitio para mis pobres, tampoco hay sitio para mí".** Esto fue lo repliqué. Y cedió. Quizá el miedo a perderme, pues me quería mucho, hizo que transigiera y permitiera aquello.

Y seguí ayudando a los mendigos con mis ahorros. Todo me parecía poco para repartírselo. Así quedé tan necesitada como ellos. Hasta el abrigo se lo di a una mujer vestida de harapos que encontré en la calle. Después de todo, pensaba, tengo comida caliente y casa acogedora, de lo que ellos carecen. Así que mi pobre sueldo mermaba y desaparecía sin saber cómo, que ni zapatos podía comprarme. ¡Cuántas veces anduve con ellos rotos!.

YO SOÑABA CAMINOS

Toda esta fuerza para actuar así la sacaba de mi unión con Dios. Como durante el día las ocupaciones de la casa absorbían mis horas completamente, no tenía más remedio que dedicar parte de la noche a la oración. Mientras todos dormían pasaba horas deliciosas a solas con Dios. Él me había hecho gustar su intimidad, por eso eran aquellos momentos, con mucho, los mejores del día.

Cuando dejé Tolosa, don Martín Barriola, mi antiguo director, encaminó mis pasos hacia los padres de la Compañía de Jesús y, desde entonces, en ellos busqué orientación para mi vida. En Burgos encontré el apoyo del padre Sureda, primero; y del padre San Juan, después. Ambos me ayudaron a profundizar en las aguas tranquilas de la contemplación en las que buceaba yo desde hacía algún tiempo. Ciertamente sólo en Dios descansaba mi corazón y a Él tendía con todas las fuerzas de mi ser. Quisiera

poder transmitiros mejor esta vivencia, pero me considero incapaz. Solamente la experiencia de este don, os lo haría comprender.

Con la oración juntaba, a veces, la mortificación. Por amor a Jesucristo me imponía ciertos sacrificios y penitencias, como dormir en el suelo, ser sobria en la comida u otras por el estilo. Una y mil veces le había ofrecido a Él mi vida para que dispusiera de ella, y sabía yo que Jesús me la aceptaba, pero la luz no se hacía del todo en mi corazón. Le pedía, insistentemente, que me diera a conocer su voluntad. Pero Dios no parecía tener prisa.

Sí que veía, cada vez más claro, que Él quería hacer de mí un instrumento para servir a los demás. Ya en aquel tiempo lo pude comprobar cuando Dios quiso, por m medio, ayudar a una muchacha, por cierto, paisana mía, que servía en el primer piso de la misma casa y que tenía fama de casquivana y loca en el vecindario. Mi trato y mi amabilidad hacia ella, las palabras que cruzábamos de ventana a ventana por el patio, hicieron que cambiara de vida, y tanto se transformó que, no contenta con ser una buena cristiana, cambió el rumbo de su existencia y se marchó a un monasterio para entregarse por completo a Dios.

Sucesos como éste colmaban de alegría mi corazón. Era para mí una experiencia de gozo el poder servir a los demás.

Ya iba viendo algo. Dios me quería para ayudar a los hombres y mujeres de mi tiempo. Pero ¿dónde…?

EN VALLADOLID BRILLÓ LA LUZ

Dios que tiene sus caminos, encaminó los míos a Valladolid. Don José Sabater se trasladó con su familia a esta ciudad. Pensando sobre todo, en los estudios de sus hijos, le pareció lo más conveniente irse con los suyos a esta antigua capital del reino donde había universidad. Y con ellos me fui yo también.

Por aquellos años- era la década de los sesenta del siglo XIX- no corrían buenos tiempos en España. La revolución había destronado a Isabel II y los gobiernos que se sucedieron hasta la restauración de la monarquía, siguieron una política no precisamente beneficiosa para la Iglesia en nuestro país. Uno de los acuerdos tomados por estos políticos fue la exclaustración de los religiosos y la expulsión de los jesuitas del suelo español. Esta decisión, injusta y arbitraria, que ningún bien podía reportar para nadie, fue origen de muchos beneficios para mí. Los hombres, un pretendiendo lo contrario, se convierten muchas veces en instrumentos de Dios. En seguida entenderéis el porqué de mis palabras.

A causa de tales vientos revolucionarios, los padres de la Compañía de Jesús tuvieron que marchar al extranjero o dispersarse por distintos puntos de la geografía española, dejando sus obras y comunidades. Por este motivo, desde León llegó a

Valladolid el padre Miguel San José Herranz buscando asilo, en la persecución, en casa de sus hermanos. Este jesuita era la persona que Dios ponía en mi camino para ayudarme a descubrir su voluntad. La influencia de este hombre, inteligente y sencillo, en la obra que Dios me encomendó sería grande.

En Valladolid seguía uniendo el trabajo con mi vida de oración. Aquella cuaresma del año 1869 la había vivido con especial fervor. Hacía ya unos meses que conocía al padre Herranz y él impulsaba mi alma como ágil velero por los mares del amor de Dios. Con su consentimiento hice algunas penitencias extraordinarias, sobre todo, en los días de Semana Santa en lo que tomaba sólo pan y agua para acompañar al Señor. En mi constante trato con Él, le pedía una y otra vez, que iluminase mis sombras, pues la luz no acababa de hacerse en mi vida.

A menudo acudía a una iglesia llamada del Rosarillo, en la que solía estar el Santísimo expuesto, y hacía allí largos ratos de oración. El día de viernes santo – era un 2 de abril, hay fechas que no se olvidan- , rezaba como de costumbre, ante un altar lateral conocido con el nombre de la Sagrada Familia cuando mi alma experimentó una conmoción especial.

Me va a costar deciros qué sentí allí, pues lo que en el corazón acaece, no siempre se puede desvelar, y ya os dije, al principio de mi relato, que mi expresión tampoco es muy ágil. Pero lo intentaré.

Fue como si, de repente, se rasgasen las sombras de mi alma y en ella penetrase la luz. Dios iluminaba mi entendimiento y abría a sus palabras mi voluntad. Entonces percibí, dentro de una inmensa paz, cuáles eran sus planes sobre mí. Yo debía – porque Dios lo quería así – **fundar una nueva congregación con el título de Hijas de Jesús, dedicada a la salvación de las almas, por medio de la educación e instrucción de la niñez y juventud".**

El Espíritu irrumpió con fuerza en mi alma y la gracia se desbordó en mi corazón. Intuía que el camino arrancaría empinado, pero desde mi pequeñez le dije que sí al Señor.

Experimenté también, que esta difícil misión que se me pedía, no estaba sola. Sentí, de una manera especial, la particular protección de la Virgen sobre mí.

Debí perder la noción del tiempo. Ignoro el rato que permanecí en la iglesia. Mi desconcierto era grande. Entonces supe que Dios me pedía la vida entera. Pero, además, quería que abriese camino, pues otras jóvenes vendrían detrás.

Si la luz fue grande, la confusión que sentía no fue menor. Eso de ser fundadora, escapaba a mi entender.

EL PADRE HERRANZ ERA HOMBRE DE FE

Al día siguiente, muy de mañana, fui a desahogar mis sentimientos con el padre Herranz. Como siempre, a esa hora temprana, él estaba celebrando la eucaristía. Me arrodillé en un banco, dispuesta a esperar a que terminase la misa. Pero aquel día el celebrante se demoraba más de lo ordinario. Su rostro revelaba una emoción interior.

Cuando, al fin, pude abrirle mi alma y comunicarle, con cierto temor, lo que me parecía entender como querer de Dios sobre mí, me escuchó en silencio. Intuía yo que lo que le decía sintonizaba con su corazón. Algún tiempo después me confesó la gran preocupación que él sentía entonces por la formación de la niñez y de la juventud, muy desatendida en aquella época, y que en su oración diaria presentaba con insistencia esta necesidad a Dios.

Precisamente aquella mañana, durante la eucaristía, tuvo la certeza de que su petición era escuchada y de que el Señor le mostraría a la persona elegida como fundadora de una congregación religiosa dedicada a esta misión.

Por eso cuando le abrí mi alma, no dudó de que era Dios quien me había guiado hasta él y me aceptó con mi debilidad y mi pobreza.

Fue el padre Herranz un hombre de grandes dotes intelectuales y humanas. Pero era sobre todo, un hombre de fe. Se arriesgó en una andadura poco cuerda a la razón humana. Fijaos con qué medios contaba de tejas abajo, para realizar esta obra. El instrumento era una muchacha analfabeta- no sabía yo entonces ni leer ni escribir -, que hablaba malamente el castellano. Sin una fe evangélica que moviera montañas, nadie se hubiera aventurado en semejante empresa. Pero el padre Herranz se fió de Dios y, de alguna manera, también creyó en mi pequeñez.

Él se convirtió en mi maestro. Me mandó pedir a mis señores un par de horas libres por la tarde para aprender mi aprendizaje.

Todos los días, durante dos años, fui a casa de sus hermanos, los señores de San José Herranz, a aprender a leer y escribir, practicar las cuentas y perfeccionar un poco mi castellano. Al final, hasta me enseñó unos rudimentos de Latín.

Para los que no tenían esa fe, su familia y muchos de los que conocían nuestros planes, aquello era objeto de risas y burlas. Aún recuerdo las chanzas de un joven, estudiante de Leyes, que se divertía con mi mal castellano y mis pretensiones de fundadora. ¡Lo que son las cosas! Cuando este muchacho, muchos años después, ya registrador de la propiedad, se convirtió en un respetable padre de familia, llamó a las puertas de nuestro colegio de Tolosa para encomendarnos la educación de sus hijas.

Mucho tuvo que sufrir el padre Herranz ante la mirada burlona de sus parientes y amigos. Le decían: “Pero, hombre, quieres fundar una institución de enseñanza y eliges a una analfabeta”. Y otras cosas por el estilo. No faltó entre los más allegados

quien le tildara de loco. Él callaba, se sonreía, y sólo, a veces, les decía: "Ya veréis con el tiempo lo que ésta vale".

¡Pobre de mí! Imaginad todos los motivos que tuve para practicar la humildad en aquella época. No hacía sino caminar a la luz de la fe. Es verdad que la voluntad de Dios se iba manifestando y parecía hacerse la luz. Pero era sólo un pequeño resplandor en la oscuridad. Dios iluminaba tenuemente la senda por la que necesitaba caminar. El horizonte, al fondo, continuaba cerrado. Ya desde entonces repetía aquellas palabras que se convertirían en una cantinela en mis labios: **"Sola nada; pero con la gracia de Dios, lo puedo todo".**

DONDE DIOS TE LLAME

A finales de la década de los sesenta del siglo pasado, el panorama político español continuaba siendo conflictivo por las luchas manifiestas entre los dos grupos que ambicionaban el poder, los liberales y los tradicionalistas. El 1 de junio de 1869 se aprobó la Constitución que, como de costumbre, agradó a unos y sublevó a otros. No pocos cristianos veían en ella un arma contra la Iglesia y mostraron su desacuerdo. Don José Sabater, el señor de mi casa, se negó, por razones de conciencia, a jurar dicha Constitución según lo requería su cargo y, consecuentemente presentó la dimisión como magistrado de la audiencia.

Quedó, pues, don José cesante y sin sueldo; y aquella familia que estaba acostumbrada a vivir desahogadamente, se encontró, de la noche a la mañana, con que tenía que apretarse el cinturón.

La primera medida fue despedir al servicio. No había más remedio que economizar. A mí, que los quería tanto, se me partía el corazón al ver su sufrimiento. Y la verdad, tampoco me parecía dejar a los amigos en la desgracia. Así que de todo el personal empleado permanecí yo sola en la casa y, por supuesto, sin ganar un real. Lo sentía especialmente por los pobres; pero ya inventaría otra forma de ayudarlos, aunque fuera dejando parte de mi alimento como, efecto, hice algunas veces.

Fueron aquellos, pues, unos meses duros de mucho trabajo. Aparte de los quehaceres de la casa, que ahora recaían todos sobre mí, aunque doña Hermitas procuraba ayudarme, tenía que sacar tiempo para mis estudios y clases. Veía esto como un querer de Dios, y a ello me dedicaba con toda mi alma.

Sólo por la noche podía entregarme a la oración con tranquilidad y sosiego. En estas horas de silencio, cuando en la casa todos dormían, mi corazón gozaba de la proximidad de Dios. Me sentía entonces ausente por un rato del trajín del día.

Este don de la oración, que gratuitamente se me había dado, inundaba mi espíritu de alegría y serenidad. Siempre, aun en los momentos más difíciles de mi vida – ya veréis que no fueron pocos - , sentí esta cercanía del Señor. Y aunque las aguas de

la superficie correrían, a veces, negras y revueltas, en mi interior creo que no perdí nunca la paz.

Dios me urgía, por aquel tiempo, a llevar adelante la fundación, y antes de dedicarme, en cuerpo y alma a ello, decidí pasar unos días en Euskadi con mi familia.

Ellos deseaban que volviese definitivamente a Tolosa. Sentí una vez más contrariar sus planes y chafar sus ilusiones, ya que abrigaban la esperanza de que mi retorno a casa sería sin vuelta. Con tal de que no me alejara del hogar hasta aceptaban a que ingresara en un convento. La ama me hablaba sin cesar de las Claras de Tolosa. "así – solía decir- contentos todos. Tú realizas tu deseo de ser monja y nosotros te tenemos cerca". No me entendían cuando les decía que mi vocación era otra.

Siempre que en la conversación salía este tema, no podía evitar que mis padres mostrasen su disgusto y desacuerdo. Un día, después de comer, estábamos toda la familia disfrutando de una larga sobremesa. Y como de costumbre, volvió a salir en nuestra charla el tema de la discordia: mi decisión, según ellos equivocada, de abandonar la familia.

Aquella vez se acaloró sobremanera, se excitó como no solía hacerlo ordinariamente. Cuando estaba hablando, sufrió un mareo y cayó al suelo después de perder el conocimiento. Esta situación sólo duró unos instantes, pero nos angustiamos mucho. Yo sufrí más que nadie, pues me sentía, sin pretenderlo, culpable. Inesperadamente cuando volvió en sí, clavó en mí su mirada aún turbia y moviendo los labios, con palabras entrecortadas, dijo: "Juanitatxo, hija mía, ve donde Dios te llame"

A partir de aquel momento nadie en casa cuestionó mi vocación. Siempre vi en este acontecimiento una nueva manifestación de la voluntad de Dios. Mi padre me lo había dicho: donde Él te llame. Y eso estaba yo, entonces, intentando descubrir.

DIOS ME CONDUJO A SALAMANCA

Regresé a Valladolid, aunque por poco tiempo. Estaba deseosa de iniciar la ruta que por voluntad de Dios debía recorrer. ¿De dónde arrancaría el camino?. Por aquellos días, sin saber por qué, venía a mi cabeza, repetidamente, el nombre de Salamanca. Si lo oía en la conversación o lo encontraba escrito en algún sitio, me quedaba unos instantes repitiéndolo y resonaba como un eco en mi corazón. Lo curioso es que no sabía entonces, a ciencia exacta, dónde se encontraba esa ciudad. Pero Dios me hizo entender que allí debía ir.

El padre Herranz apoyó la elección de Salamanca como lugar idóneo para la fundación. Dos razones de peso avalaban esta voluntad que yo le manifesté: allí estaban los jesuitas dirigiendo el seminario y, a buen seguro, nos echarían una mano. Y Salamanca tenía por aquellos años un obispo de excepción, el catalán fray Joaquín Lluch y Garriga; hombre preocupado, donde los haya, por las necesidades materiales y

espirituales de las personas de su diócesis; y de gran ascendencia, por su virtud y valía, en la ciudad. Mucho le preocupaba al prelado la falta de instrucción de los hombres y mujeres de su tiempo, por eso apoyaría con entusiasmo una congregación religiosa dedicada a la educación. Y, ciertamente, así fue. Siempre contamos con su protección.

Hecha ya la luz, se imponía desbrozar el camino y abrir la senda. Por eso en los meses de octubre y noviembre de 1871 me desplacé, algunas veces, sede Valladolid a Salamanca para realizar los primeros contactos con esa ciudad.

Salamanca me contagió su encanto desde el primer momento. De su bello conjunto arquitectónico no sabía qué admirar más: si la silueta de sus dos catedrales o el m arco grandioso de la Plaza Mayor. A la luz del otoño, las piedras doradas de sus edificios despedían destellos luminosos que se confundían con el colorido amarillento de las hojas caídas de los chopos en las márgenes del Tormes. De alguna forma me ocurrió lo que le sucedería, algunos años después, al insigne rector de su Universidad, Miguel de Unamuno, vasco como yo, cuando descubrió Salamanca. Como luego le aconteció a él, quedé fascinada por sus hechizos.

Visité la Clerecía, la iglesia de los jesuitas. Allí conocí casualmente a la joven Emilia Torrecilla. Nos cruzamos en la puerta. Ella salía y yo entraba a oír misa. Nos miramos y, al instante, en nuestros ojos surgió una corriente de simpatía. “Reza por mí a la Virgen”, me dijo. “Y tú por mí”, le contesté. Fue el principio de una gran amistad. Buscaba también ella entregar su existencia a Dios. Desde entonces nuestras vidas se unieron por la misma causa. ¡Y qué valiosa me fue su ayuda en aquellos comienzos tan dificultosos!.

Aún regresé durante algunas semanas a Valladolid. Fueron días de ultimar preparativos: pues la partida, esta vez definitiva, era ya inminente. Emilia, desde Salamanca; yo, desde allí, disponíamos las cosas más necesarias. Deseaba comenzar en verdadera pobreza. Por eso, aunque carecíamos de lo esencial, no sentía preocupación alguna.

Por aquellos días, el novio de Estrella, la hija mayor de la casa, agradecido por un favor que le había prestado, puso en mis manos una moneda de oro. “Toma Juanitatxo, - me dijo- para esa fundación que el padre Herranz y tú os traéis entre manos”. Nunca había visto yo tanto dinero junto. En seguida pensé en los pobres. Por lo menos hoy, me dije a mí misma, comerán caliente unas cuantas familias. Que una onza y en aquellos tiempos, daba para mucho. Y a ellos se la entregué.

El día 6 de diciembre me puse en camino, se me habían unido tres jóvenes – Gertrudis García, Petra Piernavieja y Cipiriana Vihuela- que estaban dispuestas a compartir su vida conmigo. Con nosotras venía también el padre Herranz.

Como los ahorros de que disponíamos no eran muchos-sumábamos entre las cuatro quinientas pesetas -, hicimos el viaje de la forma más módica posible. Un carro nos llevó por Zamora, donde hicimos noche, a Salamanca. El frío invernal de Castilla nos helaba los huesos y casi la respiración, pero estábamos contentas. El fuego de nuestro corazón podía más que aquellos tres o cuatro grados bajo cero que marcaban los termómetros. Casi dos días duró nuestra peregrinación sobre el destartalado carro. Al atardecer del día 7 nos encontramos en la Plaza Mayor de Salamanca con Emilia Torrecilla, el padre Bombardó, jesuita y el rector del seminario y alguna familia amiga que nos ofrecía su ayuda.

Nuestra primera visita fue a la Clerecía, era obligada esta parada para dar gracias a Dios. Después nos encaminamos a la Casa de San José –llamada así por la hornacina que tiene en la fachada con la imagen del santo- , en la calle de Gibraltar, junto a las dos catedrales. En ella habíamos alquilado algunas habitaciones que serían nuestro hogar por el momento. Las Hijas de Jesús de todos los tiempos mirarían siempre con cariño este sencillo rincón de Salamanca que se convirtió en la cuna de la Congregación.

Estaba yo emocionada. Al traspasar el umbral –recuerdo que era de noche y que alumbraba un pobre candil- besé conmovida el suelo y me abracé a las desnudas paredes. Y con el alma enardecida exclamé: **“ Aquí mi paz, aquí mi descanso para siempre”.**

El padre Herranz nos dirigió unas sencillas palabras. Estaba, también emocionado. “La obra es de Dios – dijo - , no tenéis recursos, pero fiaos de Él que todo lo puede. Y confiad siempre en la protección de María Inmaculada”. Claro que añadió otras cosas, pero a mí la idea que más se me grabó fue ésta. Quizá porque mi corazón se esponjaba al oírlo.

Pronto se fueron todos y allí quedamos las primeras cinco Hijas de Jesús en aquella casa fría y destartalada. El camino era empinado. Las dificultades muchas. Pero podía más la ilusión de nuestro corazón que el temor a las sombras que se alzaban ante lo desconocido.

AQUEL OCHO DE DICIEMBRE

Era aquella la primera noche pasada en nuestra casa. Tardé en dormirme. Los acontecimientos vividos durante el día me resonaban en el corazón. Además estuve un buen rato en oración presentándole al Señor mis inquietudes y mis miedos ante esa obra que Él quería iniciar, y para la que se servía de mí como pobre instrumento.

Era aún de noche cuando, muy temprano, abrimos la puerta de la calle para dirigirnos a la Clerecía. ¡Qué sorpresa!. Los tejados de la calle eran ahora blancos. Un poco más allá las torres de la catedral con sus pináculos nevados rompían las tinieblas

de la noche. Sólo nosotras en la soledad del momento, éramos testigos del bello espectáculo. En el día de la Inmaculada la tierra se había vestido su traje de fiesta.

Íbamos las cinco en silencio contemplativo camino de la Clerecía donde el padre Herranz celebraría la eucaristía para nosotras. Al pasar por la Universidad, la estatua de fray Luis de León, con su capucha blanca, parecía agigantarse en las tinieblas de la noche. La silueta del profesor agustino en aquel marco de resonancias culturales y académicas me sobrecogió un poco. ¡Qué ironías tiene la vida! o, mejor, ¡qué caminos tan inalcanzables los de Dios.! Así iba cavilando en mi interior mientras pisaba con cuidado sobre el húmedo empedrado para no resbalarme en la nieve. Yo, pobre mujer, que apenas había logrado hablar correctamente el castellano, quería fundar una congregación de enseñanza nada menos que en la Salamanca culta y universitaria. Con claridad experimentaba en mi corazón que la obra no era mía, que yo sólo era el cauce. "¡Qué bien sé yo la fuente que mana y corre aunque es de noche!", como diría fray Juan de la Cruz.

Con un fervor especial participamos en la eucaristía que celebró el padre Herranz. En un altar lateral de esta iglesia, dedicado a San Ignacio, aparecía el santo con el *Libro de los Ejercicios* en la mano. Evoqué mis recuerdos de la infancia cuando en Tolosa lo contemplaba y le rezaba sin saber muy bien lo que le pedía. Hoy era bien consciente de lo que ese libro significaba como cimiento de la obra que quería levantar.

De vuelta a casa nos propusimos celebrar por todo lo alto el día de la Inmaculada. Era el primer ocho de diciembre en la historia de la Congregación y tenía yo especial interés en dar, desde los comienzos, un aire de familia a esta celebración de la Virgen. A pesar de nuestra pobreza, se notaba en casa que era un día de fiesta.

Para que nuestro gozo fuera completo, una joven más se unió esa mañana al grupo. Juana Gómez, ése era su nombre, hacía ya el número sexto en la comunidad.

Lo celebramos con regocijo. La alegría se derramaba visiblemente por la casa. Sólo yo estaba un poco triste, aunque lo disimulaba, pues en un día tan señalado, únicamente podía ofrecer a las hermanas de comer un poco de sopa caliente. Para que no faltara nada a la fiesta, a mediodía, cuando ya nos disponíamos a sentarnos a la mesa, llegó un muchacho con una cesta de provisiones de parte del padre Bombardó que quería compensar nuestra apurada situación económica. ¡Imaginad mi alegría! No tanto por lo que la abundante comida podía significar en ese momento, sino, sobre todo, porque ese gesto era un signo de la presencia de Dios en nuestra necesidad. ¡Cuántas veces se repetiría este hecho en nuestra vida! En medio de la mayor pobreza, cuando el agua parecía llegarnos al cuello, el Señor se encargaba siempre de procurarnos alivio a través de una mano amiga.

Y así llegó la tarde, el momento en que de una forma oficial poníamos la primera piedra en este edificio que íbamos a levantar. A eso de las cuatro, en una

capilla improvisada dentro de nuestra casa, tuvimos u sencillo acto. El padre Herranz nos dirigió una exhortación. No os repetiré lo que él dijo, pero algunas palabras se me quedaron para siempre grabadas en el corazón, de tal forma que os las puedo transmitir al pie de la letra.

"Sois pocas en número y en calidad todavía menos, según los juicios del mundo. No importa. La obra no es vuestra, es de Dios y Él sabe y conoce los instrumentos que escoge".

Y otra frase que me llenaba de esperanza:

"Llevaréis siempre por estrella de vuestros caminos a María Inmaculada".

Luego nos impuso a cada una un distintivo, consistente en un escapulario interior de lana blanca con un IHS bordado en seda azul. Era sólo un signo de nuestra opción por Jesús, una manera sencilla de expresar que Él era la razón de nuestra vida.

El hábito lo vestiríamos unos meses después, y sin importarnos mucho los vientos anticlericales que, en aquellos días, soplaban en Salamanca como en otras provincias españolas.

A mí me hizo ver mi responsabilidad como madre y superiora de este grupo que había escogido caminar a mi lado. A partir de entonces – porque me pareció que la Virgen así me lo inspiró - dejé mi nombre de pila. Y tanto los de fuera como las de dentro empezaron a llamarme Madre Cándida María de Jesús.

Dios me inundó de gozo y de alegría. Como aquel día en Valladolid, resonó con claridad en mi corazón su llamada. Y, otra vez, le volví a decir que sí.

LOS PRIMEROS PASOS

Aquellos primeros meses fueron de aprendizaje en nuestra vida. El camino estaba sin rotular y lo hacíamos, día a día, con la alegría de estrenar nueva ilusión cada mañana.

Habíamos comenzado todo el grupo nuestra etapa de noviciado. Ese primer tiempo de formación y de preparación para el día esperado con impaciencia de la emisión de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Un compromiso asumido ante Dios y ante la Iglesia.

Claro que mi noviciado no dejaba de ser un tanto peculiar. Al mismo tiempo que asimilaba en mi corazón esta nueva manera de vivir la vida religiosa, tenía que ser la formadora de las primeras Hijas de Jesús que conmigo caminaban. Marchaba al ritmo de sus pasos y debía ser su maestra. Difícil situación, ciertamente, si hubiese confiado sólo en mis fuerzas. Pero en los momentos más duros me repetía a mí misma: **"Sola nada, pero con Dios todo lo puedo".** Y así se me hacía mucho más fácil.

En la oración sacábamos fuerza para la brega de cada día. Tarea principal era en aquel momento nuestra formación, y a ella dedicábamos muchas horas de nuestra jornada.

El padre Herranz, destinado por aquel entonces a Salamanca, ponía en nosotras el necesario fundamento religioso y teológico. Su cercanía era garantía y seguridad para nuestra obra. A través de su palabra asimilábamos, día a día, el espíritu ignaciano, componente básico de nuestra espiritualidad.

Y había que estudiar Gramática y muchas cosas más. La única maestra titulada, entonces, del grupo era Petra Piernavieja. En torno a ella, dedicábamos muchas horas del día al aprendizaje intelectual. Bien intuía yo la importancia que el estudio y la cultura tendrían en nuestra vida. Que en esto me adelanté a los tiempos. En una época en que la mujer no pisaba las aulas universitarias, ya pensaba en la necesidad de que las religiosas adquiriesen títulos superiores para nuestras escuelas. Y así lo hice cuando nuestra Congregación estuvo un poco más consolidada y las circunstancias lo permitieron. Que si lo nuestro era enseñar y formar a la juventud, había que preparase para ello. Y vaya si necesitaba Salamanca, o cualquier ciudad de la España de entonces, de nuestros centros. Así lo declaran los datos históricos de la época que atestiguan que más del setenta por ciento de las mujeres de aquel tiempo eran analfabetas. En esto no me dormí. No ahorré trabajos para que mis religiosas se prepararan y poder así abrir colegios donde la juventud se instruyera y educase. Pero no fue tarea fácil. Muchos esfuerzos me costó.

Esto que os digo no era todo. Que por encima de las ocupaciones de las personas, estaba el talante que las animaba. La fraternidad y la unión hacían fácil la pobreza y el trabajo. Motivos para el sufrimiento no faltaban; pero la alegría estaba siempre presente en nuestra casa. Ello maravillaba sobremanera a la gente que nos visitaba. No entendían que pudiéramos ser tan felices con tan pocas cosas.

No tenía yo tiempo de aburrirme. Otra tarea que me apremiaba era la de escribir las constituciones que las Hijas de Jesús debían observar. A este quehacer dediqué muchas horas, acompañando este trabajo de oración y penitencia para que Dios iluminase mi entendimiento. ¡Cuántas horas pasé sobre la vieja mesa de nogal en aquel destartalado despacho de la calle Gibraltar!. Con mi torpe letra y mi aún no perfecta ortografía iba plasmando el espíritu de nuestra Congregación bajo la orientación, claro está, del padre Herranz y teniendo como base los textos ignacianos.

Por fin, después de sólo Dios sabe cuántos esfuerzos, el domingo de Resurrección del año 1872 pude presentarle al señor obispo el texto de nuestras constituciones. La aprobación llegó rápida. Tres días después tenía en mis manos el decreto en el que nos comunicaba que nuestra Congregación era reconocida oficialmente por la Iglesia diocesana.

Esta vez lloré también, como aquel día en Tolosa. ¿Lo recordáis? Pero ¡qué distintos los motivos!. Mi corazón tan pequeño, se desbordaba de gozo ante la obra que el Señor realizaba a través de mí.

LA MARCHA DEL PADRE HERRANZ

De todo hubo en aquellos primeros meses de historia de la Congregación. Toda gran obra – y la nuestra lo era porque Dios había puesto en ella su mano – no se levanta sin contrariedades ni tropiezos. No me faltaron, pues, momentos de sombra cuando negros nubarrones ocultaban la luz, y la oscuridad se hacía tan grande a nuestro derredor que no quedaba ni un resquicio para un solo rayo de sol. Eran ocasiones para ejercitar mucho la fe. En esto la vida me hizo ser maestra.

Corrían los días de agosto. Aunque eran aquellos los meses del descanso estival, nosotras seguíamos empeñadas en nuestro proceso de formación al ritmo de la oración y del estudio. Bien ajena estaba yo a lo que me traería aquel verano, cuando ni siquiera había transcurrido un año desde la fundación.

Había muerto repentinamente en Madrid el provincial de los jesuitas de Castilla y para sustituirlo fue nombrado el padre Juan Lobo. No debió de gustarle mucho al nuevo superior la solícita atención que el padre Herranz nos prestaba. Quizá le pareciese de poca consistencia nuestra obra. No era él el único que pensaba así: otras personas bien serias y respetables del momento ya habían pronosticado a la Congregación pocos meses de vida. A estos pareceres humanos estaba acostumbrada. Y bien entendía estos razonamientos de tejas abajo. Pero había decidido fiarme de Dios.

El nuevo provincial determinó destinar al padre Herranz bien lejos de Salamanca. Tan lejos como se lo permitían las obras y casas de su jurisdicción. Nada menos que lo mandó a la comunidad de los jesuitas de Santiago de Compostela. Si eran muchos los kilómetros que ponía entre él y nosotras, la distancia se agrandaba más, en aquella época, por la escasez de medios de comunicación.

Recuerdo aquella mañana de la segunda quincena de agosto. Andaba tan ensimismada en mi trabajo que no oí abrirse la puerta y entrar al padre Herranz. ¿Fue presentimiento? Dios quiso iluminarme sobre el motivo de su visita. Antes de que él abriese los labios, conocía yo la causa de su inquietud. En un papel que tenía sobre la mesa escribí estas palabras: “Destinado por la obediencia”, y se lo di a leer. Quedó él muy impresionado al comprobar que me adelantaba a su explicación, que sabía el motivo de su presencia allí. Por lo menos esta actitud mía le alivió la pena que sentía al tener que comunicarnos noticia tan preocupante para él y para nosotras.

Venía ya a despedirse. Así de pronta era su obediencia. Mientras él se dirigía a nuestra casa, un hermano de su comunidad había ido a sacar el billete para poder iniciar esa misma tarde el viaje.

Bien sabía yo que Dios no consentiría una marcha tan rápida, que permanecería aún unos días en Salamanca, pues tenía que ser testigo del paso al noviciado del segundo grupo de hermanas. Y así fue. Ni en aquella fecha ni en las siguientes hubo billetes para Galicia en el coche que hacía el servicio.

El viaje se demoró más de una semana. Y durante aquellos días en los que aún permaneció con nosotras, pudimos escuchas las últimas instrucciones de sus labios y grabar en nuestras almas algo de lo mucho que todavía nos tenía que enseñar.

Pero el día de la despedida llegó. ¡Qué duro fue el golpe! Nosotras nos quedábamos sin su ayuda y apoyo. Él se marchó reflejando en su rostro el dolor de la separación. Aquel día su enseñanza fue sin palabras. Nos dejaba a nosotras, sus hijas, una lección de saber obedecer.

Mi persona entera acusó el golpe de la prueba, pero, una vez más, me agarré a la fe : **"Dios es Nuestro Padre y no nos abandonará".**

Y todavía sacaba fuerzas de flaqueza y decía bromeando a las hermanas para desdramatizar la situación: **"El padre Lobo nos tragó".**

ENTRE ESCOMBROS Y BARRICADAS

Por supuesto que la marcha del padre Herranz no supuso una ruptura en nuestras relaciones. Bien es verdad que el correo – único medio, entonces, de comunicación – no era tan rápido como yo hubiera deseado. Incluso había que usarlo con prudencia; pues, a veces, hasta sobre nuestra correspondencia se ejercía una cierta censura, como os diré después.

El padre Bombardó trató de suplir, en la medida de sus posibilidades, al padre Herranz, y nos echó todos los cables que pudo. Y bien nos vino su ayuda en aquella situación tan precaria en que nos encontrábamos. Mi corazón, a pesar de las mil dificultades, no perdía la paz ni tampoco la alegría.

Al contrario, tenía motivos para gozarme y estar contenta. Varias eran las jóvenes que llamaban a nuestra puerta. Sin importarles mucho nuestra pobreza o, quizá, atraída por ella, buscaban entregar su vida a Dios y a los hermanos en nuestra incipiente Congregación. Antes de acabar el año 1872 ya éramos dieciséis las que componíamos el grupo. La comunidad se había hecho grande y nuestra casa muy pequeña.

Ya imaginaréis que nuestra economía no daba para mucho. A la hora de buscar nueva residencia se multiplicaban los problemas. Después de mucho indagar y ver, logramos, por fin, en alquiler, una amplia vivienda en la calle de San Pablo, no lejos del río. En Salamanca se la conocía con el nombre de Casa de la Concordia porque algo tenía que ver su historia con el final de ciertas rivalidades existentes, allá por el siglo

XV, entre familias distinguidas y poderosas de la ciudad. En el arco centenario de su fachada se leía una frase, escrita en Latín, que era una invitación a vivir en concordia y armonía.

El nombre de la casa era bonito y sugerente en un tiempo en que la situación política de España no era excesivamente tranquilizadora.

En Salamanca, como en el resto del país, los ánimos de no pocos ciudadanos se mostraron virulentos y excitados como consecuencia de la proclamación de la primera República. En estas circunstancias y en el mes de febrero de 1983, hicimos, por fin, la mudanza.

Llevábamos ocho días en la nueva casa cuando surgieron, de repente, problemas inesperados. Una mañana, sin previo aviso, se presentó en nuestro domicilio una comisión del ayuntamiento con la misiva de, en breve, se procedería a derribar la fachada del edificio con la finalidad de ensanchar y dejar en línea recta la calle San Pablo.

¡Menudo problema! Los ruegos y reclamaciones no sirvieron de nada. No se podía pensar en buscar otra vivienda con todos nuestros ahorros invertidos en el pago del alquiler y en las obras de remozamiento del edificio. Me sentía responsable ante aquella situación, y no quería pedir posturas heroicas a las religiosas. Les hablé de los peligros que corríamos, y les dije que eran muy libres de irse temporalmente a sus casas o de aceptar el hospedaje que algunas familias de Salamanca nos brindaban.

Todas fueron unánimes en la respuesta. Ni pensar en marcharse. Me rogaron y pidieron muy emocionadas, que les permitiera permanecer todas juntas, en nuestra casa, conmigo. Aquella postura me conmovió. Era grande la firmeza de su vocación y el temple de sus almas. Ya veis si tenía motivos para estar contenta.

Esa alegría que sentía ante la actitud de las hermanas era mucho más fuerte que las contrariedades del momento. Aunque las cruces se multiplicarían en mi vida como tendré ocasión de mostraros, siempre fue mayor el gozo que me hizo experimentar el Señor.

Allí, pues, permanecimos todas. Durante meses vivimos en medio de los escombros que el derribo del muro produjo en nuestra casa, y entre las barricadas que los exaltados revolucionarios, con las piedras de la fachada, habían levantado en la calle.

Pasamos nuestros sobresaltos, como el de aquella mañana que, inesperadamente, se desprendieron, a la vez, tres vigas de la capilla, y creímos que se caía toda la casa. ¡Menudo susto que nos llevamos ese día!.

Pero siempre hubo gente buena que se preocupaba de nosotras. En los momentos de mayor peligro hasta se empeñaban nuestros amigos en no dejarnos solas y cuidarnos la casa, sobre todo, por la noche, cuando los sustos y los riesgos podían ser mayores.

Y así, entre incidentes y sobresaltos, pasaron los días, y también los meses. Las piedras de la fachada habían vuelto a su lugar. En el interior de la casa ya había paz y sosiego. Nuestro corazón ilusionado miraba esperanzador hacia el mes de diciembre que tocábamos casi con la mano.

EN POBREZA, CASTIDAD Y OBEDIENCIA

Se acercaba otra Inmaculada. Dos años habían transcurrido desde aquel 8 de diciembre de 1871. Las más antiguas habíamos terminado ya el noviciado y nos disponíamos a emitir nuestros votos, públicamente, en la iglesia.

Para prepararnos – el acontecimiento lo requería- hicimos nuestros ejercicios espirituales con la ayuda del padre Bombardó. En aquellos días de remanso y silencio sentí, de una forma intensa, la cercanía de Dios. En los momentos de zozobra y desaliento – que también los tenía – entendía en mi interior que debía aumentar mi confianza en Él. Era la única manera de no sentirme aplastada por la responsabilidad que había echado sobre mí. El Señor me hizo experimentar, una vez más, **"que si Él me había dado el deseo, me daría también la gracia y el poder"** para continuar en la brecha de cada día, en pie, y sosteniendo a las demás.

Llegó el 8 de diciembre. Esta vez no cayó la nieve en Salamanca. Y había una ausencia dolorosa en la casa. Faltaba el padre Herranz. La alegría se mostraba un poco empañada, peo nuestro corazón, como entonces, estaba pronto.

La capilla amaneció aquella mañana adornada con luces y flores, y con todos sus bancos repletos de familiares y amigos. El señor obispo presidía la eucaristía. En el momento de la comunión, las primeras Hijas de Jesús que habíamos terminado nuestro noviciado nos acercamos al altar. En el momento de emitir, públicamente, nuestro compromiso. Al leer en la fórmula de los votos aquellas palabras de **"Prometo pobreza, castidad y obediencia…"** me temblaba la voz.

¿Cómo transmitiros lo que experimenté en mi interior? Sentía una alegría profunda por haberle dicho a Dios que sí, por haber respondido a la llamada sentida en mi adolescencia, entre sombras y oscuridades. Ahora, como entonces, Jesús lo era todo para mí.

El camino iniciado proseguí; bien es verdad que, a veces, era empinado, pero la confianza en Dios aumentaba en mí con las dificultades y me daba una seguridad total.

No creáis que experimenté sólo dulzura en aquella fiesta de la Inmaculada. Cipriana Vihuela, aquella joven que se vino conmigo desde Valladolid y que parecía animosa y dispuesta para todo, volvió la vista atrás. En vísperas de hacer los votos, le pareció que esto de la obediencia era demasiado duro y nos dejó. De las seis fundadoras de aquel primer ocho de diciembre, faltaba una junto al altar. Había otra ausencia en la casa y un vacío dolorido en mi corazón.

UN REGALO DE REYES

Vinieron las navidades con ritmo de pandereta y de Villancicos. En la casa se sentía la alegría de la fiesta y el gozo de servir al Señor. A pesar de nuestra pobreza, no faltó el turrón en Nochebuena y algún extraordinario el día de Navidad.

Este los Reyes Magos me hicieron el regalo mejor: nuestro colegio estaba a punto y con las puertas abiertas de par en par.

Para entonces, algunas de las religiosas tenían título académico y preparación para ejercer el magisterio. En aquel enero de 1874, habilitamos dos aulas, para empezar las clases, en el antiguo edificio de la Casa de la Concordia.

Era la nuestra, la primera congregación religiosa que abría un centro educativo en Salamanca. Y sentía la satisfacción de poder ofrecer respuesta a las necesidades que en el campo de la enseñanza tenía, entonces, la ciudad.

¡Qué alborozo juvenil el de aquella mañana de enero en la calle de San Pablo! En mis oídos resonaban armoniosos y dulces los gritos y las voces de las niñas a nuestra puerta, impacientes por entrar en el colegio.

La alegría se me salía por los ojos. Daba por bien empleados los sinsabores y sufrimientos pasados por poder vivir este momento. Y mi imaginación, más rápida que el tiempo, echaba a correr y contemplaba ya otras muchas obras y miles de jóvenes con ellas. Pero no adelantemos acontecimientos. Que todo se andará.

La ciudad había acogido con gozo la apertura de un nuevo colegio. En esto coincidían los salmantinos. Por una vez, en aquella época de conflictos políticos y sociales, todos estaban de acuerdo. Católicos y anticlericales saludaban con esperanza la apertura de una escuela en la que remediase la incultura que padecía el país.

En aquel día del comienzo de las clases, me venían a la memoria unas palabras dichas por el padre Herranz, refiriéndose a nosotras: “Estas religiosas son para enseñar a internas y externas, ricas y pobres, aquí y allí…”

Y así era en verdad. El colegio había abierto sus puertas a todas las jóvenes de Salamanca y su provincia; de cualquier condición social. Las había de pago y gratuitas. ¡Cómo iba a olvidarme yo de los pobres! La mayor parte eran alumnas externas, pero también habíamos acondicionado la casa para un número – aún reducido – de

colegialas pensionistas. Hoy era en Salamanca. Pero si Dios quería que los miembros de la Congregación siguieran aumentando, nadie me impediría cruzar los mares. Grandes eran las ansias que yo sentía. Me urgía hacer realidad aquello para lo que habíamos nacido: " **La educación cristiana de la niñez y juventud".** Y esto **"en los sitios más necesitados de nuestras escuelas. "**

Al mismo tiempo que empezaron las clases en el colegio, comenzó también la escuela dominical. A ella acudían, los días festivos, jóvenes trabajadoras, especialmente muchachas de servicio que provenían de los pueblos de la provincia. Por experiencia sabía muy bien lo costoso que era vivir fuera del hogar y trabajar en casa ajena. Desde el principio mimé estas clases y a la formación de estas chicas, en los diversos colegios de la Congregación, dediqué muchas horas de mi vida.

Gracias a Dios, la obra marchaba. El señor obispo nos alentaba siempre con su palabra. Los padres de la Compañía participaban activamente en la marcha del colegio y de la escuela dominical, y nos prestaban una gran ayuda en nuestra incipiente labor educativa.

Pero estaba visto que lo mío no era la tranquilidad gozosa. Dios me quería en la lucha y en la dificultad. No fue pequeña la que en estos momentos se nos vino encima.

Tres meses escasos habían pasado desde la apertura del colegio cuando los jesuitas de Salamanca fueron enviados al destierro. En esta ocasión no pudo el señor obispo, a pesar de sus esfuerzos, retenerlos en su diócesis como en 1868 en que, a pesar de la promulgación del decreto de expulsión para todos los miembros de la Compañía, logró el prelado suavizar sus efectos en esta provincia.

De la noche a la mañana, el señor gobernador, según lo indicado en Madrid, le comunicó al padre Bombardó que, en el espacio de tres días, debían ausentarse de Salamanca. Así de injusta era la orden y de drástica su aplicación.

El día 4 de abril caminan los jesuitas hacia el exilio. Y el colegio experimenta las consecuencias de su partida. Pero en situaciones peores me había visto yo. Por eso repetía serena a mis religiosas: **"Hijas mías, tened fe".**

AL ANTIGUO PALACIO DE MONTELLANO

El colegio seguía su ritmo habitual en las estrecheces de la Casa de la Concordia. Parecía como si las paredes del viejo edificio se ensanchasen para albergar a tanta gente y cumplir su recinto múltiples menesteres. Aparte de las clases, allí vivían también las alumnas internas y, por supuesto, la comunidad. Y todavía una parte de la casa estaba destinada al noviciado. Que, gracias a Dios, no me faltaron vocaciones en aquellos difíciles años. Además, el edificio estaba en situación casi ruinosa que, aunque le habíamos remozado un poco la cara, seguía siendo un caserón destartalado y viejo.

Urgía, pues, buscar otra casa, pero ¿cómo hacer en nuestra pobreza?. No se podía pensar en comprar, y menos en edificar. Mientras tanto, las niñas no entraban en nuestras escuelas por falta de sitio. ¡Qué impotencia la nuestra!. Después de algunas búsquedas inútiles, de mucho sufrir y penar, apareció libre de nubes el horizonte. El señor obispo de la diócesis – que era ya entonces don Narciso Martínez Izquierdo – compró para nosotras el antiguo palacio de Montellano.

Se llamaba así este edificio por haber vivido en él, algún tiempo, la familia que ostentaba este título. Después sirvió de colegio, durante muchos años, a los religiosos trinitarios que en él vivieron hasta que la desamortización y la exclaustración les arrojaron, definitivamente de sus muros. En la actualidad era sólo un viejo y amplio caserón usado como almacén.

El señor obispo, en persona, me comunicó la noticia un día en que tuvo la gentileza de visitarme cuando estaba yo convaleciente de una grave enfermedad. Esta sorpresa inesperada colmó mi alma de alegría hasta rebosar. Con los ojos llenos de lágrimas, sólo pude decir: "**Es un regalo de mi Madre Inmaculada".** Que a Ella confiaba siempre mis penas y mis deseos.

El traslado de casa, sin embargo, no fue rápido. Entre trámites necesarios y obras de reparación pasaron todavía dos años en los que la espera se hacía interminable. Por fin, en septiembre de 1877, nos mudamos al nuevo edificio.

La inauguración fue todo un acontecimiento en la ciudad. Gozaron la niñas, se alegraron sus padres y, de alguna manera, Salamanca vibró con el suceso, pues ya entonces nuestra obra era bien conocida por sus habitantes.

En el documento que había firmado ante el señor obispo referente a la organización del nuevo colegio, me comprometía a tener en este centro nueve religiosas con título académico. No me pilló desprevenida este requisito. Casi desde los comienzos, muchas de las hermanas acudían como alumnas a la Normal de Maestras, cosa bien infrecuente entre las mujeres de aquellos tiempos. Y lo hacía con gran esfuerzo de mi parte, como podéis suponer. De otra cosa me podrán acusar, pero de mi interés por la formación intelectual y pedagógica de mis hijas, dejé buena constancia.

Y no me contentaba con fomentar el estudio entre las religiosas, también animaba a las niñas cunado las veía dotadas para ello. Ya en los primeros años, un grupo de alumnas internas acompañaba a las hermanas a la Normal para hacer sus estudios de Magisterio. No era fácil, a veces, convencer a los padres. Aquella sociedad no alentaba, precisamente, la promoción intelectual de la mujer y chocaba en la Salamanca de entonces esta obsesión mía de animas a las alumnas a realizar estudios superiores. No me desanimé a pesar de las dificultades. Sabía que el tiempo me daría la razón. Y bien me lo agradecieron muchas antiguas alumnas después.

Se pusieron todos los medios que estaban a nuestro alcance para la buena marcha de la obra. Luego Dios hizo el resto. El edificio se llenó pronto de niñas. Ya en el primer año pasaban de las trescientas. Las condiciones pedagógicas del centro, extraordinarias para aquella época, suscitaron admiraciones y elogios. No sólo en Salamanca, en otras ciudades se hablaba de él ; y hasta se lo escogía como modelo. No penséis que me envanecía por ello. Me resultaba muy fácil descubrir que Dios estaba con nosotras.

Este colegio de la Inmaculada de Salamanca siempre me proporcionó muchas satisfacciones. La Virgen de la capilla, esa imagen que nos es tan familiar a todas las Hijas de Jesús, ha visto desfilar ante su maternal regazo, a generaciones de alumnas que, entre los muros de esta casa, han crecido en el cuerpo y en el alma. Mi intención fue hacer de ellas mujeres íntegras y grandes cristianas. Que esto buscaba yo en mis escuelas.

CUANDO EL SUFRIMIENTO SURGE EN CASA

Pasaban los meses y hasta los años. Se sucedían los problemas y los sinsabores, que no todo era paz y armonía en la Casa de la Concordia, primero, y en el colegio de la calle de Zamora, después. Sufrimientos nunca me faltaron, pero algunos iban más directos al corazón. Y no eran éstos, precisamente, los ocasionados por las dificultades económicas. De esta clase tuve muchos todo el tiempo que duró mi vida. Recuerdo, especialmente, los de esta época en que vivíamos de prestado y fiadas, día a día, de la Providencia. Las pocas pensiones de las niñas – el número mayor era de alumnas gratuitas – no daban para remediar la penuria en que vivíamos. Pero todo esto lo llevaba con gozo y con cierta alegría. Que más me hubiera abrumado a mí nadar en la riqueza y en la abundancia.

Había otra cruz que me pesaba mucho más. Tanto que iba minando mi salud física que nunca fue mi fuerte. Me refiero a ciertos comportamientos que sufría en comunidad. La pobre hermana Petra Piernavieja mucho nos hizo penar con su temperamento colérico y un tanto desequilibrado, unido todo ello a una desmesurada valoración personal. No olvidéis que, en los primeros meses de nuestra historia, era ella la única maestra titulada del grupo. Esto le hizo creerse imprescindible y superior al resto de las religiosas. Y ocasionaba, con frecuencia, conflictos en las relaciones comunitarias.

La quería y me dolía su conducta, principalmente, por el daño que se causaba a ella misma. Con paciencia traté de ayudarla disculpando, ante las demás, no pocas de sus posturas. Pero la situación se hacía insostenible ante los problemas que, diariamente, creaba para la convivencia y el trabajo en común.

Era una enferma y como tal traté de ayudarla. Pero la tensión que produjo en mí el cariño que le tenía, por una parte, y su actitud negativa y violenta, por otra,

unido todo ello al daño que su postura creaba en la marcha de la comunidad, me hizo enfermar, incluso con riesgo de mi vida. Hasta el habla perdí temporalmente. Tardé varios meses en reponerme.

Mucho recé y encomendé este problema al Señor. Al final todo se solucionó. Cayó en la cuenta la hermana Petra de que no era su temperamento muy apropiado para la vida de comunidad y dejó voluntariamente la Congregación. Cuántas veces después en los encuentros que nos deparó la vida, se lamentaba de su comportamiento anterior que yo había ya olvidado. No interrumpimos nunca nuestra amistad.

LA AMATXO MURIÓ EN MIS BRAZOS

No había explicado a la familia mis andanzas de fundadora por no producirle un dolor más intenso del que ya le causaba mi separación. Ellos pensaban que había ingresado en un convento de Salamanca e ignoraban todo lo demás. Al principio de nuestra estancia en la Casa de la Concordia, se presentó un día de improviso mi madre a verme. No sufría su corazón los kilómetros que la separaban de mí. Poco había viajado ella más allá de nuestras verdes montañas, pero se las arregló para llegar a Salamanca y encontrarme.

Era la primera vez que me veía con el hábito de religiosa y se emocionó. Hablamos mucho del aita y de mis hermanas que, según me decía, estaban también deseando venir a visitarme. De repente, interrumpe la conversación y me dice: “Oye, Juanitatxo, preséntame a la madre superiora, que quiero hablar con ella y preguntarle qué tal te va a ti”. “Si, amatxo, le respondí, por supuesto que podrás hacerlo”.

En este momento algo ocurrió en la casa que solicitó mi presencia. La dejé un momento sola en el recibidor. Vino la hermana Emilia Torrecilla para acompañarla y no tardó mi madre en averiguar la realidad de la situación. La pobre se asustó al descubrir el lío en que me había metido, y luego, a solas, no me ocultó su inquietud. “Hija, me decía, muy joven me pareces para tanta responsabilidad. Por lo menos, sé maternal y buena. Ten mucha bondad con tus hijas”.

¡Pobre amatxo! Se fue harto preocupada para Tolosa. Algo debía intuir su corazón de madre sobre los muchos sufrimientos que la misión de fundadora traería a su hija, aunque en todo momento, procuré disimular.

Algunos años después, mis padres se trasladaron a San Sebastián. Allí los visité algunas veces. A causa de mi mala salud, los médicos me aconsejaban baños de mar y a Donostia acudía yo en compañía de algunas hermanas a las que tampoco venían mal aquellas aguas. A los aitas les agradaba sobremanera tenernos allí. Mucho disfrutaron con las muestras de cariño que nos prodigaban. Dios había bendecido su sacrificio y, aunque nunca fueron ricos, sí habían superado las antiguas estrecheces.

En los últimos años la salud de mi madre se deterioraba día a día. Por eso no me pilló de sorpresa que en Julio de 1884 me avisaran urgentemente para que acudiera a verla morir.

Recuerdo que llegué el día 6, casi a mediodía. Con la salud quebrantada y sin desayunar. Entonces para poder comulgar se requería no haber tomado ningún alimento en toda la mañana. Y por nada del mundo dejaba yo este encuentro diario con el Señor.

Hallé a mi madre muy mal. Me conoció, pero no pudo hablar. Era consciente de que el final se acercaba. La dejé un momento para acercarme a la parroquia a oír misa y comulgar. Antes le dije: "Tranquila, amatxo, que no te morirás sin que esté junto a ti". Regresé a su lado y no me separé de ella hasta que falleció. Tengo muy grabados aquellos momentos. Todos juntos dirigimos a Nuestra Señora un rosario que ella seguía en su corazón. Al llegar al cuarto misterio glorioso en el que la Iglesia conmemora la Asunción de la Virgen, le pedí que se llevase con Ella a mi amatxo, y me lo concedió. Al acabar la última avemaría, murió dulcemente en mis brazos.

Yo que tan serena me había mostrado hasta entonces, experimenté que me abandonaban las fuerzas y que no p0día más. La angustia oprimía mi corazón. Pero no podía tambalearme; tenía que sostener a mis hermanas y al aita que sentía especialmente la soledad.

Por ellos permanecí unos días más en San Sebastián. Compartimos todo el dolor y a esperanza, y partí de su lado muy consolada.

Ángela, la hermana pequeña, a quien tantas veces había acunado en mi regazo, se venía conmigo. En anteriores ocasiones me había manifestado su deseo de seguir mi camino. Quise cerciorarme de la firmeza de su vocación y dejé correr deliberadamente el tiempo. Hoy aprobaba su decisión con gozo. Mi padre asentía esta vez, orgulloso, a la elección de su hija más pequeña.

TAMBIÉN VIAJÉ A GALICIA

Cierto que la alegría era la tónica de mi vida y que en mi corazón no había lugar para el pesimismo. Por eso, los sufrimientos y las dificultades, con ser muchos, nunca me vencieron.

Mucho dolor me causó, por estos años, la muerte de algunas religiosas. Fueron varias las hermanas que fallecieron – con frecuencia. A causa de la tuberculosis – en estos primeros tiempos de historia de la Congregación. ¡Se me rompía el corazón al verlas partir en lo mejor de sus vidas! Sólo la aceptación serena de la voluntad de Dios y el saber que se había hecho por cada una todo lo que estaba en nuestras manos, me procuraba un poco de consuelo. Todavía me estremezco al recordar la muerte de Emilia

Torrecilla, aquella joven que conocí una mañana en la Clerecía y que había sido para mí una hermana. En estos momentos, negros como la noche, sólo podía decir: **Dios lo quiere, Dios lo quiere".**

No me faltaron, tampoco incomprensiones dentro y fuera de casa. Hasta me sabía espiada muchas veces por parte de algunos sacerdotes del obispado que, en complicidad con alguna religiosa, llegaron a interceptar la correspondencia que, por entonces, mantenía con el padre Herranz.

Como veis, los sufrimientos no escaseaban en mi camino. Mis fuerzas habrían, ciertamente, flaqueado si no hubiera experimentado la fortaleza que viene de Dios. Y eso sí, esa confianza en el Señor, de la que ya os he hablado, hacía que me creciera en las dificultades. Dios nunca me falló.

Por todas estas circunstancias que os estoy refiriendo, mi salud andaba poco bien y los médicos insistían en que tomara baños de mar. Como necesitaba ver al padre Herranz para desahogar mi alma con él y tratar de mil asuntos de la Congregación, busqué en esta ocasión como remedio para mis males las costas gallegas.

Ese fue el motivo de pusiera los pies en Galicia y de que visitase la ciudad de Vigo. Mientras nos internábamos en el tren por su geografía, impresionaba mi retina en verde de su campiña que tanto me hacía recordar a mi querida Euskadi. Al aproximarnos a Vigo, no me cansaba de contemplar la hermosura de su ría y la belleza de su paisaje.

Fue en el verano de 1874 cuando llegué a esta ciudad. Era la primera vez que volvía a encontrarme con el padre Herranz desde que dejara él Salamanca en aquellos comienzos difíciles de nuestra obra. De la mano de Dios me vino, entonces, el dolor de la separación; de ella recibía, ahora, la alegría del encuentro. Él disponía las cosas así y yo le daba gracias por todo.

No fue ésta la única vez que viajé a Galicia. Asuntos importantes de la Congregación me impulsaban a esta tierra en busca de una luz en mis problemas. El agua de sus mares y las palabras del padre Herranz hacían que mi cuerpo y mi espíritu saliesen tonificados de aquellos viajes a tierras gallegas.

Ya me hubiera gustado en esos años abrir un colegio en Santiago de Compostela o en Vigo; pero sabía que no era aún el momento. Esa página de nuestra historia la escribirían mis hijas, y con gran satisfacción por cierto.

Por entonces, el padre Herranz mandó a nuestro noviciado las primeras jóvenes gallegas, Serían las pioneras de otras muchas que vendrían después. Y qué de vocaciones misioneras – lo digo con el corazón agradecido- daría Galicia a la

Congregación en el transcurso de los años. Quizá por eso, he sentido siempre un cariño inmenso por esta tierra.

NUEVOS COLEGIOS, NUEVAS ALEGRÍAS

Mucho disfruté en estos años en que comenzó ña expansión de la Congregación; por las tierras de Castilla, primero; por el País Vasco, después. Mi gozo ha sido siempre que **"vengan muchas niñas a nuestros colegios"** y ayudar a crecer la fe en su corazón.

La primera casa, fuera de Salamanca, la abrimos en Peñaranda de Bracamonte, Y esto ocurrió en 1875. Fue casi una corazonada. El antiguo obispo de la diócesis, Fray Joaquín Lluch y Garriga, tenía ya las maletas hechas para trasladarse a su nuevo destino en Barcelona. "¡Qué pena – me comentó el prelado un día en que andaba de despedidas - me marcho sin verlas en Peñaranda!". En uno de esos arranques tan míos, le dije: "Esta misma tarde vamos allá; si no hay coche, en carro o en burro". Y así fue. Ese día comenzamos los trámites para la apertura de un colegio en esa ciudad, distante de Salamanca sólo cuarenta kilómetros.

Y después, Arévalo en 1886. Mucho me atraía a mí esta villa por haber vivido en ella varios años, en su juventud, Ignacio de Loyola, mi paisano. Con mucho gusto acudí, pues, a la invitación que se me hizo de abrir allí un colegio.

Un año después le tocó el turno a Bernardos, en la provincia de Segovia. Aparte del colegio dedicado a las niñas, la fundación nos brindaba la posibilidad de trabajar con las obreras de sus fábricas. En aquellos años, esta villa tenía una industria boyante de paños y harinas. Tanto me daban a mí los pueblos como las ciudades. Bien sabe Dios que a la hora de hacer una fundación sólo buscaba aquellos lugares **"más necesitados de nuestras escuelas".** Que si es verdad que nuestra Congregación nació para ayudar a todo el mundo sin diferencia de clases sociales, siempre me sentí más atraída por los humildes, y nunca en mis casas faltó un sitio para ellos.

También desde Segovia nos reclamaban. Por el m omento no atendí esa petición. Pero un día, en la oración, el Señor me hizo entender que Él deseaba esa fundación. Si era Dios quien lo quería, no había obstáculo, por grande que fuese, que me impidiera realizarlo. Así que, en seguida, puse manos a la obra.

No iba a ser empresa fácil. Pocas veces las dificultades fueron tantas y tan grandes los tropiezos del camino. Problemas de todo tipo se confabularon contra mí. Primero fue una enfermedad grave que casi me lleva a la tumba: a consecuencia de un viaje en carro a Bernardos en un día de nieve, contraje una pulmonía que me tuvo en cama varios meses con gran susto de mis hijas, pues los médicos no daban nada por mi vida.

En otra ocasión, el tren en el que viajábamos a Segovia descarriló. Salvamos por milagro, la vida no sólo del accidente, sino también de morir congeladas. Quedamos a la intemperie, entre hielos y nieve, cobijadas en un pinar.

Muchas idas y venidas me costó esta fundación de Segovia. Había visto algunos caserones deshabitados y me parecieron apropiados para comenzar en cualquiera de ellos las clases hasta que encontrásemos otro edificio mejor. Averigüé que los dueños de aquellas viviendas residían en Madrid. Y allí me fui en los calurosos días de aquel verano de 1887. Pocas veces había estado en la capital de España. En esta ocasión, a fuerza de patear sus calles, llegué a conocerla como la palma de la mano.

Ocho días permanecí allí. Subí muchas escaleras y llamé a muchas puertas. De sol a sol, la hermana Filomena que me acompañaba y yo no paramos de visitar a distintas personas. Todos nos daban muy buenas palabras, pero nadie se prestaba a echarnos una mano. Nos volvimos a Segovia con pocas esperanzas de hallar una casa.

Después de muchas búsquedas infructuosas, encontramos un edificio apropiado en la calle de la Trinidad. Todo parecía ya resuelto.. Pero en el momento de firmar el contrato del alquiler, un amigo que nos había prometido un importante donativo para paliar esos primeros gastos s echó atrás. ¡Cuántos contratiempos todavía! A pesar de todo mi confianza en Dios no se tambaleó y seguí adelante. Por fin, después de vencer éstos y otros obstáculos, pudimos inagurar el colegio el 8 de mayo de 1889.

Al leer estas páginas, pensaréis que sólo sufrimientos me causó Segovia. Y no fue así. Dios me hacía sentir que olvidaría pronto estas contrariedades ante las alegrías y satisfacciones que me daría este colegio. Y algo tenía esta tierra que me llegaba al corazón.

En los lentos atardeceres de los días de verano, cuando más allá del alcázar, el cielo se tornaba rojo y anaranjado por la puesta del sol, que en Segovia siempre es nueva y distinta cada vez, un sentimiento de nostalgia del Creador envolvía mi alma. En la quietud y el silencio del crepúsculo, me embriagaba la cercanía de Dios.

Grandes gracias me concedió el Señor, en la oración, en estas tierras segovianas – fecundadas por el cuerpo y el espíritu de San Juan de la Cruz -. No sabría deciros lo que experimentaba en esos momentos de unión gozosa con el Señor. Como aquel día en la cueva de santo Domingo donde “quedéme y olvidéme”, ajena a cuanto pasba en mi derredor.

A TOLOSA DE FUNDADORA

Hacía ya algún tiempo que daba vueltas en mi cabeza a la idea de abrir una casa en Tolosa. La necesidad de un colegio en esa ciudad era evidente y, por entonces, ya había en la Congregación varias religiosas de Guipúzcoa.

Aquella era mi tierra y tiraba de mí. Que aunque es verdad que consideraba el mundo mi patria, y a cualquier rincón dl planeta hubiera ido encantada por causa del Evangelio, en el País Vasco estaban mis raíces, y ya entenderéis que la idea de fundar allí me era muy grata.

Dios que infundía y animaba en mí este deseo, me hacía sentir también que las dificultades serían muchas y no pequeñas. Con esto contaba yo. Pero la verdad es que mi intuición se quedó corta.

Acudí a mi antiguo director, don Martín Barriola. Conocía su temperamento brusco y un tanto colérico, y temía sus primeras reacciones. Por eso a la hermana Josefa González que me acompañaba le advertí: "Aunque él nos levante la voz, nosotras a callar". Fuimos a verlo a un pueblo cercano a Tolosa en el que ejercía el ministerio de párroco. Allí lo encontramos, delante de la iglesia, en compañía de otros sacerdotes.

Para entonces algo conocía él de lo que me traía entre manos. Y a saber lo que le habrían dicho sobre mis propósitos. Verme y montar en cólera todo fue uno. Empezó a reprenderme a grandes voces, diciendo, para todo el que quisiera oírlo, que era yo una alborotadora y una armadanzas.

"¿ Para esto te has metido monja?", me decía." ¿Para andar revolviendo a todo el mundo?". Y continuó a gritos: "Más valdría que te hubieras quedado en tu convento y nos dejaras a todos en paz". Y otras cosas aún más subidas de tono.

CON LOS GRANDES DE ESPAÑA

Siempre he mostrado facilidad para relacionarme con las personas. Es un don que el Señor me dio. Grandes amistades he mantenido a lo largo de mi existencia. No las escogí yo. Las vicisitudes de la vida hicieron que, en algún momento, sus caminos se cruzasen con los míos. Amistad tuve con ricos y pobres; con religiosos y seglares, que dadas las circunstancias de mi quehacer, con todos me relacionaba.

No os extrañe que entre mis amigos estuviesen algunos de los grandes de España. A lo mejor os resulta chocante desde mi sencillez, pero fue así. Gran amistad me unió con alguna de estas familias y mucho me ayudaron en la obra que me traía entre manos.

Conocí a doña Rosario González de la Riva y Trespalacios, marquesa de Castellanos ,poco después de llegar yo a Salamanca. Se confesaba en la Clerecía con el padre Bonbardó. Ignoro lo que este sacerdote le dijo acerca de mí, ella me buscó y no paró hasta encontrarme. A partir de aquel momento se entabló entre nosotras una amistad que sólo interrumpió la muerte. Por medio de su marido – don Agustín

Maldonado y Carvajal – me consiguió en alquiler la casa de la Concordia donde abrimos nuestro primer colegio.

Aunque estos señores tenían su residencia en Madrid, pasaban en compañía de sus hijos, grandes temporadas en Salamanca en el palacio que poseían en la calle de San Pablo. A nuestra casa venía con frecuencia la marquesa. Quizá le agradaba el contraste entre su mansión, noble y suntuosa, y la sencillez y la pobreza de la nuestra. Le gustaba abrirme su corazón y desahogarse conmigo de las muchas inquietudes y problemas que le proporcionaba su vida familiar y social.

Años después traté también a un personaje muy popular. En mis frecuentes idas a Segovia me cruce, en varias ocasiones con la infanta doña Isabel de Borbón, hermana de Alfonso XII. Aquella princesa tan simpática a la que los españoles llamaban cariñosamente "la Chata".

Me invitó más de una vez a que acudiese a verla al palacio de la Granja de San Ildefonso, aquel Real Sitio cerca de Segovia que los Reyes de España tenía para su solaz y descanso. Nunca olvidaré la primera visita que le hice por el mes de agosto de 1890. Me mandó pasar a sus habitaciones particulares. Quedé sorprendida por la riqueza del palacio. No sabía qué admirar más: si aquellos relojes de porcelana o las lámparas maravillosas de cristal de roca. La verdad es que me encontraba allí un poco incómoda, a pesar de la amabilidad de mi anfitriona que me trataba como una amiga.

Muchos favores debo a mi amistad con la infanta. No, ciertamente , personales, que nunca los deseé ni los pedí; sino para mis obras y colegios que cumplían una verdadera labor social en la España de aquellos años.

Doña Isabel de Borbón me proporcionó las fundaciones de Coca y El Espinar, dos pueblos grandes de la provincia de Segovia en los que abrimos, también, por aquel tiempo, nuestras escuelas.

Pocas dificultades tuve en la apertura de esos dos centros. Casi todo me lo dieron hecho: la casa buscada y hasta los consiguientes arreglos de reparación. Tanto la infanta como los respectivos ayuntamientos se desvivieron para que el colegio, dentro de las modestas posibilidades, estuviese a punto. Nuestra entrada en esos pueblos fue triunfal. El día en que inaguramos el centro escolar en El Espinar, aquello parecía una romería. Los vecinos – mayores y pequeños – organizaron una gran fiesta en nuestro honor. La población entera estaba en la estación de ferrocarril para recibirnos. Bajamos del tren en olor de multitudes. . Cuando pusimos los pies en tierra, alguien gritó espontáneamente: "¡Gracias a Dios que ya viene el bien para nuestro pueblo!". Todos nos aplaudían y nos vitoreaban..

Desde mi pobreza, le agradecí al Señor este recibimiento y estas facilidades. No estaba acostumbrada a la bonanza en mis fundaciones. Lo recibía de sus manos

como acepté, en otras ocasiones, los contratiempos y las dificultades. El agua venía ahora hasta nosotras por apacibles arroyos y suaves lluvias, antes había llegado por tortuosos meandros y negras tormentas. Pero en definitiva, manaba de la misma fuente.

LAS CONSTITUCIONES, UNA DIRECCIÓN PARA EL CAMINO

Necesitábamos que el señor obispo de Salamanca aprobase definitivamente nuestras constituciones y reglas. Para que comprendáis el significado de estas palabras, os diré que son como el fundamento de nuestra espiritualidad o, también la razón y manera de ser de nuestra vida en la Iglesia. Lo que hará que nuestra existencia como cuerpo discurra por unos derroteros concretos. Siempre, claro está, teniendo como base la radicalidad y la exigencia del evangelio.

Ya en 1872, apenas contábamos unos meses como Congregación, el entonces obispo de la diócesis, fray Joaquín Lluch y Garriga, había, provisionalmente, dado su aprobación y su bendición a las primeras constituciones. Pero ahora, después de veinte años de existencia, se imponía una nueva elaboración de aquellas. Había que añadir puntos nuevos que perfilasen con más exactitud, la identidad de las Hijas de Jesús en la Iglesia. En una palabra, se trababa de completar las primeras.

Esto no era cualquier cosa. Bien lo sabía yo. Debía plasmar en este texto de las constituciones aquel querer de Dios sobre nosotras; aquella espiritualidad - llamémoslo carisma – que sería la que fijase en nuestra Congregación, lo esencial y perdurable a través de los siglos.

A este quehacer me entregué con alma y cuerpo, de noche y de día. Mucho oré y ayuné para que Dios me inspirase y guiara mi mano en este trabajo.

Esta ocupación absorbía entonces, por completo, mi tiempo en la medida en que podía entregarme a ella; pues no gozaba en aquellos meses de mucha paz externa – internamente creo que nunca la perdí a pesar de las borrascas - , ya que en esa época estaba metida hasta el fondo en las fundaciones de Segovia y Tolosa, que me dieron muchos quebraderos de cabeza.

Con los obispos que se sucedieron en Salamanca después de la marcha de aquel buen catalán, fray Joaquín Lluch y Garriga, tuve mis problemas. Por aquellos años, la mayor parte de las religiosas, vivía enclaustrada, si no total, al menos parcialmente, lo que se llamaba entonces media clausura. No concebían algunos una Congregación como la nuestra sin rejas ni reclusiones. Pero ¡cómo íbamos a estar entre la juventud si se nos quería encerrar en una celda!. Ya me costó que me entendieran. Pues, entonces, la mentalidad de la gente era esa. Incluso algunos obispos pensaban así. Bien claro tenía en mi mente que nuestra Congregación había nacido para estar en el mundo, allí donde se nos necesitase, y no encerradas en la clausura. Que Dios así me lo hizo sentir.

Me tocó batallar no poco para defender esta nueva manera de concebir la vida religiosa.

A esta dificultad se juntó otra que no era de menor calibre. Fray Tomás Cámara y Castro, obispo, entonces de Salamanca y religioso agustino, pretendía nada menos que cambiar nuestras constituciones y reglas ignacianas por otras afines a las de san Agustín. Mucho admiraba y quería yo a este santo padre de la Iglesia, pero mi espiritualidad era otra. Respetuosa y fiel al señor obispo lo fui toda la vida, pero en esto no podía ceder. A Roma habría ido si fuera necesario. En este punto me mantenía inflexible. No podía yo cambiar la esencia de nuestra Congregación. Menos mal que, al fin, el señor obispo así lo entendió.

Qué de sufrimientos y qué de incomprensiones, y en el fondo de mi alma ¡cuánta soledad!. El padre Herranz estaba tan lejos y las cartas tardaban tanto en llegar… Que teléfono, entonces, ya suponéis que no había.

Aquellos días los pasé encerrada en mi despacho o en la capilla de nuestra casa, redactando las constituciones definitivas, fiel a esa inspiración que había recibido de Dios. Eran momentos duros, de esos en los que parece que se junta el cielo con la tierra. Pero mi Madre Purísima me ayudaría. ¿No lo había hecho siempre así?

Y ya lo creo que me ayudó. Y de la forma más inesperada. Motivos familiares obligaron al padre Herranz a desplazarse de Galicia a Valladolid donde permaneció por espacio de unos quince días. ¡Qué gracias di a Dios por este viaje!. Allá me fui con la madre Joaquina a tratar con él este asunto de las constituciones. Su palabra seguía siendo una seguridad para nosotras, un impulso para nuestra obra. Todo lo que yo había escrito lo revisamos juntos. Su orientación me ayudó a configurar la redacción definitiva de estos documentos básicos de la Congregación.

El padre Herranz celebró alguna vez la eucaristía para nosotras en la iglesia del Rosarillo donde iba yo, en otros tiempos, en busca de luz. Habían pasado más de veinte años desde entonces. Aquella primera intuición era hoy una realidad esperanzada. Dios había bendecido la fe gigante de aquel hombre y mi debilidad.

Y el Señor nos seguía concediendo sus gracias a manos llenas. Por fin, el 22 de enero de 1892, Fray Tomás Cámara y Castro daba la aprobación definitiva a nuestras constituciones. Era este un paso importante para nosotras. La Congregación se afianzaba, así, en la Iglesia.

EN MEDINA DEL CAMPO

Muchas veces había pensado abrir una casa en Medina del Campo, pues era paso obligado desde Salamanca a Tolosa, y también hacia los cuatro colegios que teníamos en tierras de Segovia. En su estación hicimos muchos trasbordos y esperamos muchos trenes. Medina era, en aquella época, un nudo importante de comunicaciones.

Pero pensar en otra fundación era una utopía por el momento. Y no porque me faltaran religiosas, que gracias a Dios la casa de Salamanca estaba repleta de novicias, y eran ya varias las hermanas que habían conseguido un título académico. Pero ocurría lo de siempre seguíamos igual de pobres.

En Medina del Campo tenía yo una casa con las puertas siempre abiertas: el convento de las carmelitas descalzas en el que solía hospedarme y donde nunca me faltaba una habitación. Y muy a gusto me sentía allí. Siempre he tenido una admiración sin límites por la madre Teresa, la santa castellana. Desde mi adolescencia, su vida me apasionó. Sus caminos no iban a ser los míos, eso lo vi pronto. Pero había rasgos de su espíritu que me atraían, como el amor ardiente que ella sentía por Jesús Si encontraba a mi paso un palomarcico, así llamaba ella a sus conventos, me acercaba a visitarlo. En Medina tuve muchas oportunidades de hacerlo, ya que en varias ocasiones era necesario pasar por allí y, a veces, incluso tenía que hacer noche en esa ciudad en espera de tomar un tren a la mañana siguiente. En todo momento estas sencillas monjas me abrieron sus puertas de par en par.

Precisamente en el convento de las carmelitas estaba, de paso para Tolosa, en octubre de 1893, cuando me comunicaron que un señor de la ciudad quería verme. Acudí a la cita acompañada de las dos religiosas que, en aquella ocasión, viajaban conmigo, mi propia hermana Ángela y María Igarategui.

Don Isidoro Sanz era un sacerdote de Medina que residía en Madrid. Hacía poco que había muerto su hermana y quería emplear la herencia recibida de ella en la creación de un colegio llevado por religiosas. Me llamaba para ofrecerme esta fundación.

La ilusión de abrir nuevas escuelas, y además en Medina, me llenó de gozo. Bien sabía yo la necesidad que esta ciudad tenía de ellas. Pero luego vendría la segunda parte. Resultó muy largo y doloroso el camino que tuvimos que recorrer. Don Isidoro no era hombre fácil, sino de un talante un tanto original. Buen corazón tenía, eso sí, más no sabías a qué atenerte respecto a lo que te decía: que hoy podía ser blanco y mañana negro. Si ahora lo veía claro, luego las aguas corrían turbias. En una palabra, que mi trato con él se convirtió en un suplicio. Y por si fueran pocas sus veleidades, el ama de llaves que tenía, Doña Sabina, era de armas tomar, lo que complicaba más las cosas, pues su influencia en don Isidoro era grande.

Tres años me tuvo sin saber qué hacer. Tan pronto le entraban unas prisas enorme por comprar la casa y empezar las obras de acondicionamiento para el colegio, como me daba largas y dejaba pasar los meses sin querer saber nada del asunto. Yo me sentía entre la espada y la pared no sabiendo qué partido tomar, pues mis palabras podían molestarle y, como consecuencia, montar en cólera, con lo que echábamos todo a rodar.

En una ocasión de las muchas en que viajamos a Medina a causa de esta fundación, nos dejamos caer por su casi al final de la mañana. Doña Sabina nos abrió la puerta y nos miró con cara de pocos amigos. Pensó la buena mujer, dada la proximidad del mediodía, que nos tendría que invitar a comer. Y a ella le agradaba poco las visitas a esa hora. Sin darnos los buenos días y sin permitirnos entrar en la casa, montó en cólera y, a gritos, nos decía que nos fuéramos de allí. No hubo forma de hacerle entrar en razón. No nos escuchaba. Entre las risa burlonas de los vecinos que presenciaban la escena y la sarta de vituperios que salían de su boca, abandonamos, bastante confundidas, aquel lugar. Escenas como ésta, nos las montaba con cierta frecuencia.

No me faltaron, pues, en el transcurso de estos tres años, humillaciones y sufrimientos. Las carmelitas, que veían mi situación, mucho me confortaron. Para darme ánimos me recordaban el temple que demostró Santa Teresa en la fundación del Carmelo de Medina cuando exclamaba ante la adversidad: "¡Oh, válgame Dios ¡ Cuando Vos, Señor, queréis dar ánimo ¡qué poco hacen todas las contradicciones!".

Mas tan fuertes eran a veces éstas que mis propias hijas me decían: "Madre, vámonos de aquí porque no se puede resistir". Pero veía que aquella fundación era Dios quien la quería y, por eso, me crecía ante las dificultades. Ni pensar en retroceder. Muchas veces les respondí: "**La cruz está ahora aquí, permanezcamos en ella".**

Por fin don Isidoro vino a razones. Mucho influyó la mediación del párroco, un hombre de Dios, que supo allanar el camino y convencerle de la necesidad de zanjar aquel asunto de una vez.

Nos habíamos fijado en un caserón, llamado de doña María de la Cabeza, que reunía buenas condiciones para abrir en él unas aulas. Pero, por problemas de herencia que pesaban sobre el inmueble, la venta tenía que efectuarse por medio de una subasta. Esto dificultaba la compra. Una familia rica del lugar, que contaba con más posibilidades que nosotras, estaba muy interesada en el edificio.

Los medinenses solucionaron, por su cuenta, aquel asunto. Sin decirme a mí nada, nombraron una comisión entre los vecinos para que acudieran a la subasta. Mucho me reí cuando después me contaron que en el grupo abundaban los republicanos y anticlericales del pueblo. ¿Y vaya si tomaron partido por mi causa! Lo hicieron muy bien: cuando el señor aquel pujaba contra nosotras, ellos le abuchearon. Le reprochaban, a voces, que antepusiera sus egoístas intereses al bien de todas las familias. Estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de conseguir el colegio para sus hijas. Y lo lograron. Nuestro contrincante se acobardó; no se atrevió a ir en contra de todo el pueblo. Y se retiró de la subasta.

De esta forma se resolvieron los problemas. Aún tuve que superar no pocas dificultades y seguir poniendo cara amable a los desaires de don Isidoro y a los desplantes de la señora Sabina. Pero todo lo di por bien empleado cuando el 7 de

septiembre de 1896 pudimos inaugurar el colegio con la participación y satisfacción de todo el pueblo.

¿Qué importaba todo lo pasado? **"Ya se verá con el tiempo qué agradable le será a Jesús y María esta fundación de San José d Medina del Campo."** Esto fue lo que entonces dije a mis hijas.

SUPERIORA GENERAL

Ocho colegios repletos de niñas eran la alegría de mi corazón. Mis días de sosiego, cuando las fundaciones me daban una tregua de paz, eran un remanso tranquilo de convivencia con niñas y religiosas. Siempre tuve un trato fácil con la juventud. En el colegio de Salamanca encontré muchas ocasiones para estar cerca de las colegialas. Cuando regresaba de cada uno de los viajes, ellas intuían en seguida, mi presencia en la casa. Me buscaban con cualquier pretexto. Muy a gusto me encontraba con ellas conversando de las cosas y experiencias de su corta vida. Eran momentos felices que mucho me hicieron disfrutar.

Pero fue, precisamente en Salamanca donde no me faltaron momentos para sufrir. Al intervenir directamente el prelado en la fundación del colegio – recordad que hasta el edificio nos lo regaló - , nuestra dependencia del obispado fue grande. A veces hasta excesivo control. El director del colegio era siempre un sacerdote designado por él. No tenía yo libertad de movimientos y, no pocas veces, esta dependencia interfería en el gobierno de la Congregación.

Estaba yo en Tolosa, por asuntos de última hora, cuando me llegó un aviso urgente del obispado de Salamanca en el que se me ordenaba que convocara un capítulo general. Me imagino que no entenderéis el sentido de esta expresión. Significa el órgano supremo de gobierno en el que se elige a la superiora general y se toman, si la ocasión lo requiere, decisiones importantes para la marcha de la Congregación.

El comunicado resultaba un tanto extraño. No era éste el camino normal para la celebración de un capítulo. Lo habitual, así constaba en las constituciones, hubiera sido que yo, como superiora general – lo era desde la fundación - , convocase a las hermanas y después se lo notificase al señor obispo.

Sorprendida pues, sí me quedé. Pero no demasiado. Bien sabía lo que se urdía contra mí en este colegio de Salamanca. Ni por un momento perdí la paz. Obedecí inmediatamente a la llamada del señor obispo y allí me fui a preparar el capítulo. En mi interior conocía las razones de esta urgente convocatoria: se trataba de elegir – era la primera vez que se hacía oficialmente - a la superiora general. Y había un grupito de presión, muy pequeño, pero con fuerza, que quería excluirme del gobierno de la Congregación.

Estaba yo tranquilísima con la serenidad que produce el no ambicionar nada. Que apegada no me encontraba a cosa alguna y todavía menos al cargo de superiora. Fijaos que pacífica hubiera sido mi vida sin tamaña carga. Pero fiel al querer de Dios, hasta la muerte. Y una cosa tenía muy clara; fuere cual fuese el resultado, vería en ello la voluntad de Dios.

El padre Herranz, lejos, con la ansiedad que causan la distancia y la poca comunicación, sufría ante estos hechos. Pensaba él que muchos serían mis padecimientos y me aconsejaba, paternalmente, en una carta : "Cualquiera que sea el resultado, nada te apure; acatemos la Divina Providencia que todo lo dispone para su gloria y bien nuestro. Ello redundará en bien de la Congregación…" La verdad es que yo gozaba de gran paz y que no me perturbaban demasiado aquellos tejemanejes ocultos.

El 20 de diciembre de 1894 era el día señalado para la realización del capítulo general. A él habíamos sido convocadas las superioras de los ocho colegios; la M. María Igarategui, mi secretaria y compañera de viaje, y yo. Diez en total. Sólo hubo una ausencia: la de la superiora del colegio de Bernardos que, por enfermedad, no pudo asistir.

Nos preparamos con unos días de oración y retiro. Mi alma estaba tranquila y confiada en el Señor. El mismo señor obispo celebró la eucaristía. Nos dirigió unas palabras apelando a nuestra responsabilidad, ante Dios y ante la historia a la hora d elegir a la persona que debía pilotar los caminos de la Congregación.

En la iglesia, y delante de él, depositamos nuestros votos en una mesa colocada junto al altar. Ocho papeletas llevaban escrito mi nombre, sólo faltaba la mía para la unanimidad total.

Dios ponía, de nuevo, la carga sobre mis hombros. Mis hijas habían depositado su confianza en mí. Sabía que el camino continuaría siendo duro. Ahora como ante **"por el bien de la Congregación daría mi vida".**

DESPEDIDAS

Murieron las dos personas que más quería en este mundo. Falleció el padre Herranz y, pocos meses después, murió también mi aitatxo. No tuve el consuelo de estar junto a ellos en sus últimos momentos. Fueron dos desgarrones fuertes y seguidos. Mi corazón, aunque forjado en la lucha, fue muy sensible a estos golpes de la vida.

El padre Herranz, siempre infatigable en el trabajo apostólico, había ido perdiendo, poco a poco sus fuerzas y su salud. En junio de 1896, después una grave enfermedad, lo trasladaron sus superiores a la casa-enfermería de Loyola.

Las noticias que recibía sobre él no eran buenas ni esperanzadoras; por lo que desde Tolosa, donde me encontraba ocasionalmente, fui a visitarlo en compañía de algunas hermanas. Pasamos con él el 6 de julio. Fue un día de dolor y de alegría. Gozamos al encontrarnos con él de nuevo. Pero mucho sufrimos al ver su situación. En unos pocos meses su salud se había quebrantado notablemente.

Se emocionó al vernos. Las lágrimas corrían abundantes de sus ojos. Con un gran esfuerzo se sobrepuso y nos preguntó por todas las hermanas. Quería saber de los colegios, de sus actividades; el número de novicias… Desde aquel mes de agosto de 1872 3n 1ue dejó Salamanca por mandato de sus superiores, nunca había puesto los pies en ninguna de nuestras obras. Dios le había pedido hasta el final este sacrificio. Su mayor gozo era ver cómo la Congregación iba adelante, pero había seguido su crecimiento siempre a distancia. Cada casa nueva que abríamos causaba en él un motivo nuevo de satisfacción, pero no asistió a la inauguración de ningún colegio. Era algo así como estar en el exilio. La obra que ayudó a nacer, sólo podía contemplarla desde lejos.

Sin embargo, había seguido nuestro camino, paso a paso. Había compartido, en todo momento, nuestras penas y alegrías. De alguna manera, nuestra historia era la suya. Ya entendéis, pues, nuestro dolor y, especialmente el mío. Esta visita me dejó triste. Al despedirnos, sabía yo que su vida sería muy corta.

La última carta que recibí de él estaba fechada el 10 de agosto. Fue nuestra última comunicación aquí en la tierra. En ella escribió para todas las Hijas de Jesús esta postdata: "…que sean muy buenas. No las olvido". ¿Era una premonición?.

Poco tiempo después, una carta del rector de la casa de Loyola me comunicaba su muerte. Estaba yo en Tolosa, bien cerca y, sin embargo, cuando me llegó la noticia, ya habían pasado dos días desde su fallecimiento.

Ni siquiera pude acompañarlo en su entierro. Me consolaba lo santa que había sido su muerte. Su estado se agravó el 15 de agosto – día de la Asunción- . Él mismo consciente de su enfermedad, expresó con convicción en repetidas ocasiones: " La Virgen me llevará con ella en la octava de su festividad. Y así fue. Murió el sábado siguiente, día 22, a las dos de la mañana.

Aún no me había repuesto de este golpe, cuando me comunicaron el grave mal que padecía mi padre. Los médicos le habían diagnosticado un cáncer en la lengua. La enfermedad fue larga y dolorosa. Un camino de purificación que duró varios meses. Pasaba el aita largas temporadas en Tolosa y con frecuencia visitaba nuestro colegio. Allí era siempre bien recibido. Las hermanas lo llamaban con cariño "el abuelito" y él gozaba con estas palabras de afecto.

Me encontraba en esa ciudad a principios de 1897 cuando un día mi padre se desplomó en nuestra capilla. El médico aconsejó no moverlo. Por esta causa lo acomodamos en una habitación próxima. Su estado era gravísimo. Acudió toda la familia y juntos compartimos el dolor.

Pero la enfermedad se prolongaba y tuve que marcharme requerida por mil problemas. ¡Qué desgarrón experimenté al dejar al aita tan enfermo! El dolor era más fuerte que yo y tuve que hacerme violencia la partir. La madre Joaquina Gómez, superiora de la casa, ocupó mi lugar. Y lo hizo como una verdadera hija. El 14 de mayo, mi padre dejó d sufrir. Muy purificado iba de su terrible enfermedad. En mi dolor quedé muy consolada con su cristiana muerte.

La despedida de estas personas queridas dejó en mi corazón añoranzas de cielo. Como si, poco a poco, se fueran soltando las amarras que me sujetaban a la tierra. Pero Dios me hacía entender que debía continuar en la brega, que aún me quedaban algunas batallas que librar aquí abajo.

EN LOS MOSTENSES

Tener un noviciado independiente del colegio era el gran sueño de mi vida. Pero, como siempre, mis aspiraciones chocaban con el escollo de la pobreza, casi extrema, en que había nacido y crecía la Congregación.

Recuerdo que el padre Herranz, tan preocupado siempre por todo lo nuestro, me repetía muchas veces: “Las novicias aparte, y tú con ellas”. Pero, a pesar de su insistencia, él mismo murió sin ver hecho realidad este deseo.

Y no fue por falta de interés y empeño por mi parte que, como os decía, deseaba tener una casa de formación para mis jóvenes lejos del inevitable bullicio del colegio, en la paz y el retiro que propician esa interiorización tan necesaria en los comienzos de la vida religiosa. Durante años, sin embargo, sólo podía pedírselo a Dios y esperar el momento oportuno.

La respuesta a mis deseos me la proporcionaron los marqueses de Castellanos . Doña Rosario conocía mis problemas y, en la medida de sus posibilidades, trató siempre de ayudarme. ¡Pobre! ¡Cómo se complicó la vida y lo que sufrió en el intento! Menos mal que, al final, Dios recompensó sus fatigas y las mías, y todo terminó bien.

Me ofreció la marquesa un edificio de su propiedad, medio derruido, situado en las márgenes de los monjes premonstratenses. Tenía el caserón una hermosa huerta por parte de atrás. Este detalle me agradó y pensé que podía servir este inmueble para noviciado, ya que deseaba que las jóvenes, en su retiro, disfrutasen del sol y del aire libre.

La situación económica de esta familia no era, en aquel momento, boyante y su oferta era, por lo tanto, limitada. Doña Rosario, después de hablarlo con su marido, me ofreció gratuitamente el edificio; incluso me prometió que nos ayudaría a repararlo. No podía regalarnos la huerta, pero nos la vendería a buen precio. La oferta no podía ser más generosa por su parte.

Cuando presenté al obispado la oferta que me hicieron los marqueses, todo fueron problemas y dificultades. Primero se me decía que aquellos terrenos no eran salubres por su proximidad al río. ¡Como si no hubieran vivido allí los monjes y luego los hortelanos de los marqueses! Y, al parecer, todos muy sanos y robustos. Menos mal que una comisión nombrada por el prelado inspeccionó el lugar y nada objetó en contra. Luego, el problema era el precio fijado por la huerta, que les parecía elevado. Total, siempre se me ponía algún obstáculo para que no cerrar el trato con los marqueses.

Estaba entre la espada y la pared. No entendía por qué aparecían tantos impedimentos. A pesar de la amistad que me unía a la marquesa no podía sincerarme del todo con ella, pues muchas veces la prudencia me hacía callar por no dejar mal a otras personas. Y a ella le parecía que era yo quien obstaculizaba el proceso. Así pasaron muchos meses en los que las dos sufrimos mucho. Sólo la paciencia el tacto que Dios me dio, impidieron dar al traste con la amistad que me unía a esta familia.

Después todo se acabó sabiendo. Al parecer, había personas de influencia en la ciudad que estaban muy interesadas en que el edificio de los Mostenses – con este nombre lo conocían los salmantinos – pasara a otras manos y sirviera a otros fines. Por ello dificultaron cuanto pudieron la adquisición, por nuestra parte, del inmueble. Cosas de la vida. Sus intenciones no se realizaron y, al fin, la casa fue para nosotras; que de ninguna manera querían los marqueses que tuvieran otros dueños, aunque perdieran dinero en el trato.

En enero de 1899 estaba superados todos los problemas. Ante notario nos hicieron la cesión de la casa y la venta de la huerta por tres mil duros. Rebajaron para nosotras su valor todo lo que pudieron. Claro que a mí quince mil pesetas, en aquel momento, me parecían una fortuna.

Para paliar un poco mis problemas económicos, la misma marquesa y la infanta doña Isabel abrieron por su cuenta, una suscripción en Madrid entre las personas de la corte. Esto m e llenaba de confusión. Hasta la propia reina regente, doña Cristina de Habsburgo, se interesó por mis asuntos. Me recibió en palacio y encabezó la colecta con una aportación personal.

De Madrid volví a Salamanca con trece mil reales. Para mí, que no tenía nada, era un fortunón. De esta forma las obras del derruido edificio podían comenzar.

Los obreros repararon lo más necesario e imprescindible. Y el 23 de septiembre –corría ya el 1899 – me trasladé con mis novicias y su maestra, madre María Igarategui, a los Mostenses.

La casa, que no había perdido su aspecto monacal, invitaba a la oración y al recogimiento. ¡Cómo disfrutaba yo al ver a las jóvenes pasear por aquellos claustros de arcadas renacentistas, atentas a esa vida interior que alimentaban en el silencio! El río Tormes, a su paso por el antiguo monasterio, acompasaba el rumor de sus aguas al ritmo joven de sus moradoras que, en la oración y en el estudio, templaban sus vidas para mejor servir a los hombres y mujeres en n futro próximo. Permanecer entre aquellos muros era para mí un motivo de gozo profundo.

Y para que mi alegría creciera, muchas jóvenes, y de diferentes sitios, llamaban a las puertas del viejo caserón. Poco a poco la casa se iba llenando de novicias. Como otras muchas veces, Dios había colmado, con creces, mis deseos.

A ROMA

Nuestra Congregación, ya lo recordaréis, había sido definitivamente aprobada por el obispo de Salamanca el 22 de enero de 1892. Esto era una garantía para nosotras, más no bastaba. La consolidación definitiva sólo se lograría cuando el papa, desde Roma, dijese la última palabra sobre la razón de ser de nuestro Instituto y su misión en la Iglesia.

El padre Herranz, en sus últimas cartas, me apremiaba a dar este paso trascendental y definitivo. La verdad es que antes no pudo hacerse. Ahora, cuando cosas urgentes estaban ya, al menos, encauzadas, era el momento de iniciar este camino.

Dos objetivos importantes debía alcanzar para lograr esta consolidación: la confirmación pontificia de la Congregación y la aprobación en Roma de nuestras constituciones y reglas. Gran parte de mi tiempo y muchas de las fuerzas de mi ya quebrantada salud, las empleé con tesón y empeño en esta empresa.

Conseguir lo primero no me resultó difícil. A través del obispado presenté al papa la solicitud de aprobación. Y, unos meses después, el 30 de julio de 1901, León XIII se dignaba aprobar nuestra Congregación y sus constituciones conforme a la petición que le había hecho.

Era algo así como alcanzar la mayoría de edad. El papa había dicho que sí, que merecía la pena en la Iglesia ese camino comenzado un 8 de diciembre en Salamanca. Aquel día de la Inmaculada, con nieve y esperanza… ¿Os acordáis?

Comprenderéis que nuestro gozo fuera grande. Estaba yo en la cama con una enfermedad renal que los médicos habían diagnosticado de grave. Pero, apoyada en

dos hermanas, bajé hasta la capilla para agradecer este don. Nos reunimos las dos comunidades de Salamanca en los Mostenses, y juntas entonamos un himno de acción de gracias a Dios.

Aún no estaba todo conseguido. Nuestras constituciones habían sido aprobadas, en general, pero necesitaban una adaptación a las nuevas normas dadas por la Iglesia para las congregaciones religiosas.

Había encomendado la marcha de nuestros asuntos en Roma al Padre Panadero, religioso de la orden de San Francisco, que trabajaba en el Vaticano. Hasta el momento nos había prestado buenos servicios como intermediario.

Pero este buen padre por su cuenta y riesgo intentó reformar nuestras constituciones y reglas. ¿Imagináis qué pretendía? Pues, convertirnos en franciscanas. Así, por las buenas.

Convaleciente como estaba de mi enfermedad y con más flaquezas que fuerzas, salí rápidamente para Roma en compañía de Gabriela Hondet – religiosa francesa que me servía, a veces, de intérprete - y de mi hermana Ángela. No me quedaba otra solución si quería salvar el espíritu de la Congregación y su carisma genuinamente ignacianos.

El padre Panadero se quedó de piedra cuando nos vio aparecer. No pensó que mi intrepidez y mi coraje llegaran a tanto. Pero si no le agradó verme allí, lo disimuló, y hasta estuvo mu amble con nosotras.

Aunque por fuera me mostraba serena, temblaba por dentro. No era fácil llevarle la contraria a este padre; y no me quedaba otra solución que discutir este asunto con él. Una cosa era adaptar nuestras constituciones a las nuevas formas y, otra muy distinta, intentar un cambio fundamental en nuestro espíritu.

Lo pasamos las tres muy mal. Y todos estos sufrimientos recrudecieron mis achaques y acabaron con mis propias fuerzas. Pero allí estuve al pie del cañón. En medio de las mil dificultades y para animar a las hermanas Ángela y Gabriela, les solía decir: **“Nosotras que nos gloriamos de ser Hijas de Jesús ¿nos asustaremos con la cruz?.**

Ante mi serenidad y firmeza, el padre Panadero acabó por comprender y aceptar mis razones. Y hasta él mismo me ayudó después en mis propósitos. Nuestras constituciones, con su carisma fundacional, fueron, por fin, aprobadas por la Iglesia. Aquel día sí que tuve la impresión de haber ganado una importante batalla.

Pero no todo fueron sufrimientos en Roma. Gocé mucho en mis visitas a tantos lugares santificados por los primeros cristianos. Lágrimas de emoción derramaron mis ojos donde tantos mártires vertieron su sangre por Cristo. Sentí un poco de envidia.

Claro que también yo estaba gastando mi vida minuto a minuto, por Él, aunque de distinta manera.

Antes de regresar, recibí para todas mis hijas y para mí la bendición del papa. Mi misión había concluido en Roma. De paso para España, hicimos una parada en Lourdes para agradecer a la Virgen su continua intercesión. Ella era, en verdad, como nos augurado el padre Herranz, "la Estrella de nuestros caminos".

POR TODA LA VIDA

Hasta que la Congregación no obtuvo la aprobación pontificia, no se nos concedió hacer los votos perpetuos. Todos los años – eso sí - , renovábamos los temporales. Y en nuestro corazón bien firme estaba la decisión de entregar nuestra vida entera, y para siempre, a Dios.

Cuando tuve la confirmación pontificia a mi obra y la aprobación de las constituciones, nada nos impedía ya pronunciar la fórmula de los votos perpetuos. Pero era esto algo tan importante que requería una preparación especial.

Por eso, aquel verano de 1903, en el caserón de los Mostenses, nos reunimos cuarenta y dos Hijas de Jesús –éramos las más antiguas - para preparar nuestro corazón en la oración y en el estudio de nuestras constituciones.

Era la primera vez que esta experiencia se hacía en la Congregación, por eso puse mucho empeño en iniciar bien algo que iba a ser tan importante después, a lo largo de su historia.

Por unos meses dejamos el trabajo de las clases y el ajetreo de los colegios. En el remanso de paz de los Mostenses podíamos oír mejor la voz de Dios en nuestras almas y prepararnos así a una entrega al Señor sin reservas.

Junto a la oración y la profundización en nuestro carisma – tarea primordial de este tiempo de formación - , empleábamos muchas horas en los trabajos sencillos de la casa que dejan más libre la mente para empaparse en las cosas del espíritu. Hasta trabajábamos en la huerta cuando era menester. Después de la actividad intensa del curso, constituyeron aquellos meses un apacible remanso en nuestra vida.

Como otras veces, tenía que ir rotulando caminos, abriendo sendas nuevas. No era fácil este equilibrio que me tocaba mantener, esta tensión entre ser una más en el grupo y la fundadora que no podía olvidar que era.

El punto final a esta etapa lo pusieron los ejercicios espirituales. Fue ya nuestra preparación inmediata al gran día.

Y el 24 de septiembre – fiesta de Nuestra Señora de la Merced – pudimos , por fin, emitir los votos perpetuos, lo que durante tantos años habíamos anhelado.

Cuando pronuncié la fórmula, al llegar a esas palabras de "**Hago a Dios Todopoderoso… voto perpetuo de obediencia, castidad y obediencia en este Instituto de las Hijas de Jesús …"** no sabría expresar lo que pasó dentro de mí. Pero todavía me emocioné mucho más cuando fui recibiendo los votos de mis hijas, una a una.

La senda estaba hecha. No había sido fácil abrir camino. Pero ¡qué importaban ya las penalidades pasadas si habíamos ido adelante en nuestro empeño! Hoy quedaba colocado un hito definitivo en nuestra historia para todas las que quisieran seguir en un futuro.

Aquel mismo día de la Virgen, entregué a cada una de mis hijas un ejemplar de las constituciones que nos ayudarían a nosotras, y a las que vinieran detrás, a vivir esa entrega a Dios y a los hermanos que nos pide nuestra vocación.

MÁS ALLÁ DEL OCÉANO

Todos los colegios estaban repletos de jóvenes, pero m i corazón soñaba con nuevos caminos para mis ansias misioneras. En el año 1909 aún pude abrir una escuela más gracias a la colaboración y al apoyo del antiguo obispo de Segovia, don José Cadena y Eleta. Mucho nos estimaba este prelado que siempre alentó la expansión de la Congregación. Desde su nueva diócesis de Vitoria, no ahorró esfuerzos hasta llevarnos a Navarra. En Pitillas, su pueblo natal, había abierto un colegio para párvulos y jóvenes, y nos encomendó a nosotras su dirección.

Era para mí un gozo grande pisar la tierra de san Francisco Javier. Fue aquello como una premonición misionera, pues desde Navarra íbamos a dar un salto – no yo, sino mis hijas – que casi da vértigo el pensarlo. La siguiente fundación sería en el continente americano. Era como si Javier, contento de vernos en su tierra, hubiese acelerado un proceso que se me hacía muy largo y lento.

Desde muchos años atrás, soñaba con atravesar los mares y correr a las lejanas tierras de Asia y América. ¡Cuántas veces el padre Herranz frenó aquellos impulsos míos! No porque no estuviese de acuerdo con ellos, que él fue el primero en alentar en nosotras el espíritu misionero, sino que la Congregación – pensaba - tenía que echar antes raíces más hondas en España.

Mi corazón seguía inquieto y en mi alma resonaban, sin cesar, las palabras del evangelio: "Id por todo el mundo…". Estos deseos eran más fuertes que yo, y me impulsaban a buscar para mi Congregación caminos nuevos.

Más de una vez le dije al buen padre Segura, en Salamanca: **"¿Cómo no nos llaman a Méjico, a Cuba o a cualquier otra parte los padres de la compañía? ¡Al fin del mundo iría yo en busca de almas!".**

Recuerdo que hacia 1890 un religioso carmelita, muy conocido mío, partió para Las Antillas. En nuestra despedida, ante el sepulcro de San Juan de la Cruz, en Segovia, además de prometernos rezar el uno por el otro, le confié el encargo de abrirnos caminos por tierras americanas. Pero éste y otros intentos resultaron vanos. No me desanimaba. Sabía que no moriría sin realizar mi deseo. Confiaba en que Dios me concedería el contemplar, con mis propios ojos, la expansión misionera de la Congregación. Y así fue.

En las navidades de 1910 llegó hasta el obispado de Vitoria una carta de Pirenópolis, del lejano Brasil. Un párroco solicitaba, por medio del prelado alavés, la presencia de religiosas españolas para la dirección de un colegio.

Don José que estaba encantado con la obra de Pitillas y que se deshacía en elogios sobre nuestra labor, exclamó en seguida al leer aquel mensaje: "Qué contenta se va a poner con esta noticia la Madre Cándida!". Y aquel mismo día me envió su secretario la carta del Brasil.

Fue la mejor felicitación navideña que me llegó aquel año. ¡Por fin se abrían horizontes para nuestra expansión en América!. Todas mis hijas vibraron conmigo, que el carisma misionero de la Congregación lo llevábamos muy dentro.

No se prepara una expedición misionera de la noche a la mañana. Hubo que resolver muchos problemas y vencer no pocas dificultades antes de que el primer grupo de Hijas de Jesús partiese rumbo al Brasil. Pero el impulso ya estaba dado y la marcha era imparable.

Durante aquellos meses de reflexión y preparativos, me llegaban, de todas las casas de la Congregación, gestos de ofrecimiento. Mucho gocé ate tanta generosidad y espíritu misionero. Todas las cartas me emocionaban y me llegaban al alma. Y hubo una que me hizo llorar. ¿Os acordáis de la hermana Gertrudis García? De aquellas seis primeras Hijas de Jesús, dos dejaron la vida religiosa; otras dos habían muerto ya. Sólo quedábamos ella y yo. Me envió, a pesar de sus muchos años, una carta en la que se ofrecía para la nueva fundación. No me resisto a transcribiros un párrafo de ella:

"… Madre, yo me ofrezco para todo lo que quiera, pues lo que hago aquí, lo puedo hacer aunque sea en el último pueblo del mundo, y como ya soy vieja, el calor de Pyrenópolis me vendrá muy bien: conque, madre mía, aquí está la hermana Gertrudis dispuesta a todo, que Dios ya me dará su gracia para pasar el charco, y comenta lo pasaré…"

¡Qué gesto! Muchas lágrimas derramé al leer sus palabras. Bastantes más cartas recibí con el mismo espíritu de fe y de generosidad. Con la gracia de Dios hice la elección, que no fue fácil por los muchos ofrecimientos que me llegaban. Seis hermanas fueron las señaladas. Ellas pisarían, por vez primera en la Congregación la

tierra brasileña. Escribirían las primeras páginas de un capítulo muy importante de nuestra historia. Las Hijas de Jesús de todos los tiempos mirarían con orgullo y agradecimiento a estas pioneras de nuestra expansión misionera.

Y entre tantas emociones y preparativos del gran viaje, llegó la despedida. El 30 de septiembre – corría el año 1911 – las abracé en Salamanca. ¡Con qué ganas me hubiera ido con ellas! Bien sabía yo que no volvería a verlas. Por eso el dolor de la separación se me clavaba con fuerza en mi carne. Los asuntos de la Congregación ni siquiera me permitieron acompañarlas hasta Cádiz donde embarcaron. En mi lugar lo hicieron la madres Ángela y la madre Joaquina.

Mi corazón estuvo con ellas a lo largo de la travesía. Mucho después supe la odisea de su viaje; luego de veinte días de barco, atravesaron trescientos sesenta kilómetros de la selva, a caballo, y hasta cruzaron anchos ríos en peligrosas balsas.

Ni las sendas intrincadas, ni los animales salvajes, ni el sol ecuatorial pudieron con ellas. Tantos eran los escollos del camino que la persona que las acompañaba, les llegó a decir: “Si les parecen excesivas las dificultades que hay que afrontar, aquí está el dinero para el billete de vuelta.”.

¿Volver? A ninguna se le había pasado por la cabeza semejante idea. ¿Arredrarse? Era más grande el coraje que los peligros. Ellas sí que hicieron el camino al andar. Después otras hermanas pondrían los pies sobre sus huellas. Que aún me quedó tiempo, antes de morir, para mandar la segunda expedición al Brasil.

¡El Brasil! Qué lejos veía esta nación en el mapa, pero qué cerca estaba de mi corazón, pues se me había metido tan dentro…

Por lo demás, intuía que todas mis batallas estaban ya dadas, cumplida mi misión. En medio de mis quehaceres y trabajos: visitar los colegios, cuidar de la formación de las novicias, escribir a mis hijas y a otras personas que me pedían consejo y orientación – muchas cartas salieron de mis manos - , mi corazón volaba, a veces, fuera de mí. La nostalgia del cielo llenaba mi corazón. Se acercaba la hora del relevo. ¿Sería un presentimiento?

EL FINAL QUE ES EL PRINCIPIO

La Madre Cándida estaba en lo cierto. Su vida se acababa. Pero, antes de seguir adelante, bien estará que me presente. Pues, así, por las buenas, he irrumpido el relato y he usurpado el papel del narrador. Ya lo imagináis, soy el amanuense. Si buscáis en el diccionario esta palabra, os dirá que es “el que escribe a mano lo que otros dictan”. Pues esto es lo que hecho, con una diferencia, claro: La Madre Cándida no me habló al oído, ya lo suponéis; pero sí al corazón. Ella me insinuó que os contara su vida y he tratado de ser fiel a su “dictado”.

¡Qué mujer! ¿Verdad? Es apasionante su trayectoria, esa fidelidad a Jesucristo que la llevaba a emprender las más arduas tareas, sin retroceder nunca a pesar de las dificultades. Antes de morir, todavía tuvo tiempo de abrir un nuevo colegio en Brasil, y también de rotular el camino hacia Filipinas. Esta fundación – y otras muchas - las realizarían después sus hijas. Yo ahora os voy a hablar de sus últimos días, pues si no, esta historia quedaría incompleta.

Ella sabía que su fin estaba próximo, y lo dio a entender de muchas maneras. En una ocasión, en Tolosa, el obispo de Vitoria, don José Cadena y Eleta, le comentaba la satisfacción que sentiría al ver concluir la carrera a un grupo de sus hijas que estudiaban en la Escuela Normal. La Madre Cándida le contestó espontáneamente: "Antes de que éstas terminen yo moriré". El prelado calló impresionado, algo misterioso había en sus palabras.

Otra vez sería en unos ejercicios espirituales en Salamanca. Al final de una meditación sobre la muerte, se le ocurrió decir al jesuita que los dirigía:"¿Quién será el primero de nosotros que va a morir?". Y luego, bajito, para que sus hijas no sufrieran, le contestó: Yo seré la primera que muera".

Es verdad que su salud nunca había sido fuerte; pero nada, externamente, auguraba una muerte próxima. Por eso sus religiosas se preguntaban: "¿Por qué dirá esas cosas la Madre?".

Aquel verano de 1912 no parecía ser distinto de los demás. En Salamanca desde los Mostenses, la Fundadora era el corazón de ese cuerpo que formaba la Congregación de las Hijas de Jesús. Hasta el viejo caserón llegaban los latidos de esa vida que fluía abundante en las doce escuelas por ella abiertas. Su preocupación continua a todas acompañaba. Hasta el Brasil llegó la fuerza de la solicitud. Su imaginación volaba a menudo a los colegios de Pirenópolis y Moji-Mirim, los últimos por ella fundados y que tanto le hubiera gustado conocer. Y, desde su despacho, envió muchas veces, envuelta en ternura, una bendición a sus hijas que estaban más allá del océano.

Era el 5 de agosto. La Madre Cándida interrumpió su trabajo y partió de la casa noviciado. ¿Intuyeron las viejas piedras del claustro que ella ya no volvería?

En el colegio de la Inmaculada se celebraba el cumpleaños de la Madre Igarategui, superiora de la casa y secretaria general, y quería compartir con aquella comunidad la alegría de la fiesta.

Como otras veces, calle de San Pablo arriba, atravesó la Plaza Mayor. La Madre Cándida era bien conocida en Salamanca y mucha gente la saludaba al pasar. También las piedras doradas de sus edificios sabían de sus idas y venidas por estos parajes de la ciudad. Nada parecía anormal en aquel día.

En la casa de la calle Zamora, la recibieron con gozo y regocijo. En la comida fraterna, en torno a la mesa, se mostraban ávidas las hermanas de escuchar sus palabras. Pendientes de sus labios se informaban de todo lo que acontecía en las obras de la Congregación. Como era época de vacaciones, no había ni prisas ni urgencias, y todas se disponían a saborear una sobremesa larga y gozosa en torno a ella.

Ocurrió d repente. La Madre se sintió mal. Se la vio palidecer y perder el equilibrio como si una descarga sacudiera su cuerpo. Y así fue. Una hemiplejía golpeó su organismo.

Desconcierto. Nerviosismo. Angustia. El ambiente de animación y de fiesta se tornó en tristeza. A la alegría de la comunicación sucedió una escena de dolor compartida. Sólo ella mostraba una serenidad y un dominio de sí total. Consciente de todo, la Madre Cándida conservaba su imperturbable paz.

La ciudad también se estremeció, que en Salamanca era muy estimada la Fundadora. Al colegio llegaba mucha gente a preguntar por ella. Las de dentro y los de fuera sabían que Madre se moría. El doctor había sido tajante, sin paliativos. "Estado gravísimo", diagnosticó.

Entre las personas que querían decirle adiós, acudió el padre Munárriz, jesuita. Los dos cruzaron estas palabras.

-¡Qué caminos los de Dios, Padre! Ayudó usted a morir al padre Herranz, y ahora viene a hacer lo mismo conmigo.

- Así es, Madre Cándida. ¿Está usted tranquila?

- **"Tranquilísimamente tranquila; pero déme la absolución, cuantas veces la recibamos, mejor".**

- Es normal que experimente esta paz, después de toda una vida gastada por Dios.

- Sí, es verdad. "**Cuarenta años llevo de vida religiosa y no recuerdo un solo momento que no haya sido para Él".**

¡Qué bonita expresión de lo que fue su vida nos dejó la Madre Cándida!.Con la sencillez y serenidad que da la proximidad de la muerte nos definió su existencia. Fue eso, fidelidad. ¿Recordáis? A sus dieciocho años ya les había dicho a sus padres que intentaban torcer su camino**:" Yo sólo para Dios"**. Entre el ayer y el ahora ¡cuántas horas y minutos en el recorrido gozoso y doliente de su quehacer diario! Este momento, el de su muerte, era el eslabón final de su entrega. ¿Qué tenía, pues, de particular su afirmación?

La Madre se moría, poco a poco. Contemplaba a sus hijas con ternura. **"Os llevo en el corazón",** les decía. Y ya próxima a la muerte, les susurró: **"Hacedlo todo por Dios".**

El 9 de agosto, a las cinco de la tarde, su corazón dejó de latir. Y su existencia, tan sencilla y tan sorprendente, se hizo ya historia en este mundo. Pero, sobre todo, comenzó para ella “el vivir que es perdurable”.

ÍNDICE

Prólogo con dedicatoria…….2
Vasca por los cuatro costados……2
Camino de Tolosa…… ……3
Yo crecía por dentro y por fuera……..4
Yo ya estaba enamorada……6
Al otro lado, Castilla…….. 7
En Burgos encontré otro hogar…….8
Yo soñaba caminos…… …9
En Valladolid brilló la luz……10
El padre Herranz era hombre de fe…….12
Donde Dios te llame…….13
Dios me condujo a Salamanca…… ….14
Aquel ocho de diciembre……..16
Los primeros pasos……18
La marcha del Padre Herranz……..20

Entre escombros y barricadas…….21
En pobreza, castidad y obediencia……..23
Un regalo de Reyes……24
El antiguo palacio de Montellano……26
Cuando el sufrimiento surge en casa…….27
La amatxo murió en mis brazos…….28
También viajé a Galicia……30
Nuevos colegio, nuevas alegrías……31
A Tolosa de fundadora…….33
Con los grandes de España……33
Las constituciones una dirección para el camino……35
En Medina del Campo……..37
Superiora General……39
Despedidas…… ……..41
En los Mostenses…….42
A Roma…… ……..44
Por toda la vida……46
Más allá del océano……47
El final que es el principio……..50


ISBN: 84-604-9740-2
9 788460 497400